EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

JUAN LEÓN

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1895

JUAN LEÓN

Juan León.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 13 de Marzo de 1895.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1895

PERSONAJES		ACTORES
DOLORES	Srta.	Cobeña (Carmen.)
AURORA	Sra.	Ruiz.
GABRIELA	»	Tovar.
JUANA	Srta.	Cancio.
JUAN LEÓN	Sr.	Thuillier.
EL MARQUÉS	»	García Ortega.
EL DUQUE	»	Cepillo.
SEÑOR MANUEL, el picador	»	Mario.
SEÑOR TOMÁS	»	Cirera.
GONZÁLEZ	»	Balaguer.
EL CHOTO, banderillero	»	Lacalle.
MANOLO	»	Guaci.
CONDE	»	Ponzano.
DON JOSÉ	»	Cerro.
EL BARÓN	»	Vico.
SANDOVAL	»	Abojador.
EL VIZCONDE	»	Baigorri.
ANTONIO	»	Urquijo (F.)
PANILLA, banderillero	»	Martínez.
JUSTO, ídem	»	Romea.
ESTERAS, picador	»	García.
MONO SABIO 1.°	»	Santés.
IDEM 2.°	»	Rubio.
CELADOR	»	Serna.
ALGUACIL	»	Domínguez.
UN LACAYO	»	Ojeda.
CRIADO 1.°	»	Montenegro.
IDEM 2.°	»	Urquijo (E.)
UN TOCADOR	»	Acuña.
UN GUARDIA	»	Zazo.
UNO	»	Veyán.

Gente del pueblo, Guardias, Abonados, etc.

La acción, en Madrid; 1894.

ACTO PRIMERO

Un merendero en el río. En primer término, dos mesas. En la una, los personajes de la comedia; en la otra, personajes secundarios que están jugando á las cartas, unos en mangas de camisa, otros mirando; en total, siete ú ocho. Puerta al fondo, y ventanas bajas á los lados, por las que se ve el campo. En el fondo, á la derecha del espectador, la escalera que conduce al corredor ó galería del primer piso, con columnas de madera, que va de un lado á otro de la escena, y á través de la cual se ve el Palacio Real, la Montaña, Madrid á lo lejos. A ambos lados de la escena, puertas y ventanas. A la derecha del espectador, la puerta que va á la cocina. A la izquierda, puerta que va al jardinillo del merendero, y ventana practicable. Al levantarse el telón, los personajes de la comedia, á la izquierda del espectador, juegan al dominó. Los otros, á la derecha, juegan á las cartas. El señor Tomás sirve vino á unos y otros. Dolores, arriba, en la galería, de espaldas al público, y apoyada en una de las columnas de madera, contempla la caída del sol.

ESCENA PRIMERA

EL CHOTO, EL PICADOR, ESTERAS, PANILLA, JUSTO, el SEÑOR TOMÁS y DOLORES

ESTERAS. El tres doble.
JUSTO. Allá va un seis.
PANILLA. A treses.

PICACOR. Ea, á contar.
JUSTO. Veinticuatro pa nosotros.
PICADOR. Henos ganáo.
JUSTO. ¡Ole ya!
PICADOR. Tú no sabes de esto, Choto.
ESTERAS. ¡Vaya, vaya, á merendar!
CHOTO. A mí no me gusta el dómino,
las cartas me gustan más.
UNO DE LOS DE LA OTRA MESA. (A Tomás).
¡Haga usté el favor de ver
de ayudarnos á sacar
esta mesa al jardinillo,
que aquí no podemos ya
de la calor!
PANILLA. ¿Quién son esos?
PICADOR. Matuteros de Tetuán,
y uno de ellos, espadista
y echaor del tres de espás.
CHOTO. ¡A ver esos caracoles!
PANILLA. ¡Y vino!
TOMAS. En seguida van.
JUSTO. Y tráigase usté unas cartas.
¿Quiés un mús?
ESTERAS. ¡Pus me es igual!
Con tal de pasar el tiempo
mientras que viene don Juan...
TOMAS. ¿Esperan á Juan León?
CHOTO. Así es; y no tardará
porque dijo que á las cuatro,
y ya muy pronto darán.
DOLORES. ¡Qué hermosa tarde, y que tristes
los días veo pasar!
¡Triste el de hoy, triste el de ayer,
triste mañana será!
JUSTO. ¡Lolilla!
ESTERAS. ¡Estará leendo!
CHOTO. ¡Dolores, ven á alternar!
DOLORES. Tuteen á sus iguales
y déjenme estar en paz,
que ni yo soy su parienta
ni me tengo por su igual.
TOMAS. ¡Ya te he dicho que te voy

esos humos á bajar,
y que aquí no hay fantasías,
ni *moños*, ni vanidad!
¡La culpa me tengo yo
de haberte dejado andar
por el mundo! ¡Y ahora mismo
vas á servir, y verás
cómo te acostumbras! ¿Oyes?

DOLORES. (Bajando lentamente la escalera y muy triste.)
¡Y cómo me he de negar!
Por obligación lo haré,
pero por gusto, jamás.

PICADOR. (¡La niña es un cardo cuco
como dicen en Graná!)

CHOTO. ¡Y pensar que Juan León
está á punto de enfermar,
y perdido de chaláo
por la niña de Tomás!

ESTERAS. Pues caballeros, maldito
si iría yo de aquí allá...

DOLORES. ¡Falta que yo le esperase
ó le dejara llegar,
so grosero! Allá va eso. (Dando el plato.)

ESTERAS. Oiga usté; no hay que hablar mal
á los que vienen aquí
á dar *guita* á su *papá*,
y tan bueno soy yo...

TOMAS. ¡Infame!
¿tú quieres sin duda echar
los parroquianos de casa?
A ver, ponte un delantal
y ahora mismo...

PICADOR. No la riñas.

JUSTO. ¡Es muy soberbia!

TOMAS. (Cogiéndola por la mano.) ¡Anda ya!

DOLORES. ¡Padre, que me hace usted daño!

TOMAS. ¡Tengamos la fiesta en paz!

DOLORES. (¡Oh Dios mío! ¡Acaba pronto
conmigo, que más valdrá!) (Vase.)

ESCENA II

DICHOS menos DOLORES

ESTERAS. ¡No incomodarse!... Ya siento
haber hablado demás.

TOMAS. ¿Saben ustedes qué es esto?
Pues... lo que suelen llamar
el querer y no poder;
y esto acabará muy mal.
Si los padres no dejaran
á los hijos en jamás
saber y valer más que ellos,
el mundo estaría en paz.
Esta niña era feliz
á los diez años de edad
conmigo, que viudo y solo
me las buscaba con dar
de comer y de beber
para ganarme mi pan...
Pero un día vino aquí
una señora, á indagar
si había pobres, ó enfermos,
ó huérfanos por acá;
una señorona de esas
de juntas de caridad,
que vió á la niña, y la halló
lista, y vivaracha, y *tal,*
y ella era rica, y sin nadie,
y la quiso prohijar;
y yo, por verla dichosa,
se la entregué por mi mal,
no contando con que todo
se puede un día acabar.
La señora la educó
como si fuera su igual
la llevó á Francia, á Inglaterra,
á lucir y á figurar;
pero no sé en qué negocios
andaba, que le iban mal,
y un día lo perdió todo,

y del disgusto quizás,
se murió en veinticuatro horas
de un ataque cerebral.
Y aquí me tienen ustedes
que veo un día llegar
á mi Lola, muy remaja,
hecha una princesa real,
con muchos baules de ropa...
y con mucho faralár...
pero sin una peseta.

CHOTO. ¡Anda Dios!

PICADOR. ¡Cállate ya!

TOMAS. Eso sí, viendo su casa,
y el merendero y demás,
con repugnancia, con asco...
en fin, ¡se quiso arrojar
al río á los pocos días
de verse otra vez tan mal!...
pero yo no aguanto moños,
y como no puedo dar
rienda suelta á sus deseos,
volvió á vestir de percal
y será lo que antes fué;
¡pues no faltaría más!

PICADOR. Mal negocio.

JUSTO. Si tuviera
buen carácter... ¡pues en paz!
lo pasáo, pasáo, y á darle
gusto á su padre.

TOMAS. ¡Ahí está!
¿Que Juan León gusta de ella?
¿Pues qué quisiera yo más
que dársela á Juan León?

CHOTO. No hay un hombre como Juan.

PANILLA. ¿Diga usté... si es que se puede
saber...?

TOMAS. ¿Qué?

PANILLA. ¿Es ó no verdad
que el Marqués...?

TOMAS. ¡Ah, ya!

JUSTO. ¡Sí, el hijo
del Gobernador!

TOMAS. ¡Ya, ya!
Hombre; ahora que estamos solos
se lo puelo á ustés contar.
El Marqués, que es todo un hombre...
PICADOR. ¡Tiene fama!
TOMAS. Muy cabal,
muy señor, muy generoso,
muy noble, ¡pero de acá! (Señalando al corazón.)
que aunque no fuera, como es,
Grande de España, es aún más
grande por su corazón...
TODOS. ¡Que sí!
TOMAS. Pues ustés verán.
Hará mes y medio, tuvo
un desafío...
CHOTO. Es verdá.
Se habló mucho.
TOMAS. El hombre... es joven
y sin malicia, y chaval,
y sorprendió á una persona
que quería de verdad...
con otro: en fin... ¡las mujeres!
CHOTO. ¡Mala tropa!
PICADOR. ¡Deja hablar!
TOMAS. El otro, le dió un balazo.
PICADOR. Siempre ha susedío igual.
TOMAS. Le trajeron aquí herido,
pasó aquí dos días...
CHOTO. Ya.
TOMAS. Dolores le vió, veló
dos noches...
PANILLA. No digas más.
Comparó una mujer y otra...
TOMAS. ¡Pues claro!
PICADOR. ¡No comparar!
TOMAS. No sé lo que pasaría;
pero el Marqués viene y va
con pretextos y rodeos.
¡Como que le está muy mal
venir aquí! Y, sobre todo,
¿cómo puede imaginar
mi hija, que un señor así,

venga aquí sin pensar más
que en una cosa? Y yo no
lo había de tolerar.

CHOTO. ¡Se quedrá casar con ella!

PICADOR. ¡Hombre, no seas patán!

CHOTO. Pues ya hemos visto en Madrid
bodas así.

PANILLA. Claro está.

PICADOR. ¡Pero Juan León es antes!

TOMAS. ¡Pero ella no quiere á Juan!
Ni mi hija puede subir,
ni el Marqués puede bajar:
¡esos son sueños!

JUSTO. ¡Quién sabe!

PICADOR. La niña quiere *alegrá*,
sin saber, y hace como éste (Por el Choto.)
cuando parea, ¿eh, Tomás?

CHOTO. ¡Ya salió usté con mis pares!

PICADOR. ¡Como que el caso es igual!
Llamar al toro, es llamarle,
y alegrar, es alegrar;
y éste, cuando alegra, tiene
su miaja de vanidad
por alantarse. Hace *asín*,
y alanta sin carcular;
y en haciendo el toro un poco
por él, como que no está
bien medía con la vista
la distancia regular,
un día de estos, un toro
lo coge por la mitá,
y ¡adiós Choto de mi vida,
que no te vuelvo á ver más!
Pues eso es lo de la chica:
si alegra, la cogerán;
¡con que usté verá lo que hace,
mi querido don Tomás!

CHOTO. Pues á mí me ha dicho ayer
Juan León, que aquí no hay ya
más banderillero que uno,
que soy yo.

PICADOR. ¡No comparar;

que una expresión que se suelta
no se sabe á dónde va!

ESCENA III

DICHOS; LA JUANA, con un hato de ropa.

JUANA. ¡Muy buenas tardes, señores!
¿Ocurre algo, don Tomás?
PICADOR. Hola, Juana, ¿cómo vamos?
JUANA. ¡Ay, señor Manuel! ¿qué tal?
PICADOR. ¡Entra!
JUANA. Tengo mucha prisa,
que me ha mandado llamar
una señora, á que vaya
á echarle las cartas. Da
cuatro duros, y los tiempos,
hijos míos, andan mal.
CHOTO. Echemelas usté á mí.
JUANA. Otro día: ya verás.
¿Con que... no hace falta nada?
TOMAS. Nada, gracias.
JUANA. ¿No querrá
la señorita un vestido?
TOMAS. Haz el favor de callar,
porque aquí no hay señoritas,
¿lo entiendes?
JUANA. Si no lo es ya,
lo ha sido, y usted ya gana
con que poderla obsequiar.
(Abriendo el hato y enseñando el mantón y las blondas.)
Mire usté: traigo un mantón
que ha costado un dineral,
y lo daré en treinta duros:
está nuevo.
PICADOR. Nuevo está.
CHOTO. ¿Esta es la Juana? (Al Picador.)
PICADOR. Esta es
la Juana, la de Alcalá,
prendera, y enredadora,
y entra y sale, y además,

presta, y trae y lleva, y trata
en gente muy principal.

JUANA. Estos encajes los vende
la viuda de Gárves.

TOMAS. ¡Ya!
La que le costó al Marqués
un tiro, y á mí, la paz.

JUANA. Ayer estuvo en mi casa,
y mañana volverá:
es mujer que gasta mucho,
pero la pobre anda mal.
¡Vaya, cómpreme usted algo!

TOMAS. ¡Que no tengo que comprar!

JUANA. Dígale usté al Marquesito
que obsequie á la niña.

TOMAS. (Indignado.) ¿Irás
á creer que mi hija...? ¡Vamos,
esto no se pué aguantar!

JUANA. Pues yo le he visto dos tàrdes
entrar aquí, y la verdad...
él no viene á beber vino. (Con malicia.)

TOMAS. ¡Vete!

JUANA. Y al fin, ¿qué más da?
¡Sobre que ella no ha nacido
para esto...!

TOMAS. (¡Qué dirán
de mí!)

CHOTO. ¿No tendría usté
un traje de torear,
pero nuevo?

JUANA. Tengo fajas
y medias, ya, ya verás;
tengo una capa, que fué
del Tato, sin estrenar.
Venirse mañana á casa
y la verbena verán,
y tengo una bailadora
nueva, que les gustará.

CHOTO. Allá iré.

PICADOR. Allá iremos todos.

JUANA. Mucho gusto me darán;
con que, señores, salud;

hasta por ahí, don Tomás.
Allí viene Juan León
á caballo.

JUSTO. Ahí está ya.

DOLORES. ¡Un caballo! ¡No, no es él!
(Lo dice saliendo del cuarto de arriba y asomándose á la galería. Se ve, á través de las ventanas, á Juan León: se supone que viene á caballo: no se le ve más que el busto.)

ESCENA IV

EL SEÑOR TOMÁS y LOS TOREROS; DOLORES, en la galería; después JUAN LEÓN

JUAN. (Desde fuera.)
¡Buenas tardes!

TOMAS. ¡Hola Juan!
Voy por la jaca.

JUAN. ¿Y los chicos?

TOMAS. Aquí están todos.

JUAN. Bien va.

DOLORES. Lástima que tanto garbo
(Mirándole desde arriba.)
no baste á mi sordo afán,
y lástima que por mí
tenga tanto que penar.

CHOTO. Da gusto verle á caballo,
no hay ginete más galán;
¡paece un rey!

PICADOR. ¡Señores, no
comparar, no comparar!
(Entra Juan León, de corto. Los Toreros se levantan. Juan, después de saludarlos, mira arriba buscando á Dolores.)

JUAN. ¡A la paz de Dios, señores!

TOMAS. Ahí tiene usted á los chicos.

JUAN. Que Dios te guarde, Dolores;
siempre hubo pobres y ricos.

DOLORES. Adentro tengo que hacer;
mi padre te servirá.

JUAN. Espérate.
DOLORES. Hasta más ver.
CHOTO. ¡Mala sombra! ¡Vete ya!
JUAN. (Enojado.)
¡Tú no tienes aquí voto, (Al Choto.)
y cállate por la buena!
PICADOR. (Aparte á Choto.)
(Cállate la boca Choto,
¿no ves lo que el hombre pena?)
TOMAS. ¡Dolores!
JUAN. ¡Oye, lucero,
no te me vayas así!
DOLORES. (Con tristeza.)
¡Si sabes que no te quiero...
por qué me quieres tú á mí!
Sea tu amor terco afán,
ó pasión ciega, ó capricho;
conmigo no cuentes, Juan.
JUAN. ¡Aguarda!
DOLORES. ¡Lo dicho, dicho!

ESCENA V

DICHOS menos DOLORES

CHOTO. (¡Que la parta una centella!)
PICADOR. Le va á costar la salú.
JUSTO. ¡Déjela usté!
JUAN. ¿También tú?
(Les hace seña de que se sienten, y se sienta con ellos.)
Trae vino. (Al señor Tomás.)
TOMAS. ¡Lo traerá ella,
que yo mando aquí!
JUAN. ¡Oh, no no!
déjala, no es menester.
No se manda en el querer;
libre viva... y muera yo!
(Hay un momento de silencio. Juan ha quedado pensativo. De pronto dice.)
Os lo juro aquí por ésta,

(Haciendo una cruz con los dedos.)
y en víspera de corrida.
¡Aquella mujer funesta...
ha de costarme la vida!

PICADOR. Poca fortuna has tenido;
no te lo puedo negar.

JUAN. Señor Manuel, yo he nacido
para sufrir y rabiar.
Estos... (Por los Toreros.) no saben mi historia,
ni cómo las gasto yo. (Pausa larga.)
¡Gloria sin amor, no es gloria!

CHOTO. No le diré á usté que no.

JUAN. ¡Al vencer en la pelea...
la ovación atronadora,
es menester que la vea
la mujer que un hombre adora!
Porque si entre tantas almas
que aplauden, no hay *una* mía...
¿de qué me sirven las palmas,
si tengo el alma vacía?
Y yo, que me tengo en mucho,
y sólo á esta mujer quiero,
cuantas más palmas escucho,
más triste de pena muero;
¡y aún parece que me agravia
tanta fortuna lograr!

JUSTO. ¡Señó Juan, tié usté más labia,
que el señor de Castelar!

ESTERAS. Pues yo en vez de usté, no haría
tanto mis achares ver.

JUAN. Toda la existencia mía,
fué sufrir y padecer.
En qué año nací, no sé;
padres... no los conocí;
en el fango me crié;
limosna errante pedí.
¡A la calle me arrojaron,
y en ella me recogieron...
los padres que me engendraron
qué mal corazón tuvieron!
En una puerta, un mendigo
desnudo y yerto me halló,

y le debí pan y abrigo
á un infeliz como yo.
Al son de ronca vihuela,
canté de niño en un poyo,
y no tuve más escuela,
que las piedras del arroyo.
De aquel prestado cariño,
perdí el calor paternal.
Fueron mis juegos de niño,
la carcel ó el hospital.
Por vago, preso me vía;
por mendigo me encerraban...
cuando limosna pedía,
las puertas se me cerraban.
Mas como tengo... eso sí,
el corazón muy honrado,
en cuanto que hombre me ví,
me vendí para soldado.
Y al cumplir, sin más tesoros
que el coraje y la honradez,
me eché á luchar con los toros
para acabar de una vez.
¿Se acuerda usté aquella tarde
que me encontró usté llorando,
y me dijo...?

PICADOR. ¡So cobarde,
qué me estas ahí suspirando!

JUAN. Y yo maldije mi sino,
y le conté mis apuros;
y usté me abrió mi camino...

PICADOR. Y te presté quince duros.

JUAN. Juan fué el nombre de ocasión
que llevé primeramente,
y al ver que salí valiente,
me llamaron Juan León.
Empecé á bregar con fe
y á ganar gloria y dinero,
y á ser popular llegué,
y en mi arte á ser el primero.
A todos hoy me prefieren,
y soy el rey donde voy;
pero quiero y no me quieren...

¡qué desgraciado que soy!
(Momentos de silencio. El señor Tomás se acerca, y dice respetuoso.)

TOMAS. Todo se puede arreglar.
JUAN. Para intentarlo, aquí vengo;
Tomás, me vas á escuchar,
porque hablar contigo tengo.
CHOTO. Si estorbamos...
JUAN. Sí.
PICADOR. (A los otros.) ¡Guillén!
JUAN. Dejadnos un rato solos.
ESTERAS. Anda, Justo.
JUSTO. ¿Qué?
ESTERAS. A ver quien
gana una ronda á los bolos.
PICADOR. ¡Mal negocio! (Aparte al Choto.)
CHOTO. ¡Obcecación!
ESTERAS. Es que... mañana hay corrida.
CHOTO. ¡Claro! Y una distracción...
PICADOR. No cuesta más que la vida.

ESCENA VI

JUAN LEÓN y el SEÑOR TOMÁS

JUAN. Tomás, yo soy hombre claro
y es necesario que sepas...
TOMAS. ¡Si lo sé!
JUAN. Que estoy perdido
por Dolores; que si de ella
logras vencer el empeño
con que mi querer desdeña,
yo por mujer te la pido,
la doto y le doy mi hacienda,
y á tí te doy diez mil duros,
doce mil, los que tú quieras.
Tengo veintidós corridas
ajustadas hasta ferias,
pues lo dejo todo, ¡todo!
Me caso, y me voy con ella
donde pueda sus ensueños

lograr como una princesa.
Rica la ví yo de lejos,
pobre la encuentro de cerca;
ya sé que no quiere ser
de un torero compañera;
que ha vivido muy en grande,
y á lo grande y rica piensa;
pues yo tengo ya ganado
medio millón de pesetas,
y se lo pongo á su nombre,
y allí donde nadie sepa
quién soy, en el fin del mundo,
vivirá como una reina.

TOMAS. ¡Si no quiere! Si ya he hecho
por usted hasta bajezas,
que al fin soy su padre, y... ¡nada!
¡le han trastornáo la cabeza!

JUAN. ¿Qué quieres decir con eso?
¿Será que á mí no me quiera,
porque quiere á otro? ¡Dilo!

TOMAS. ¡Sí, señor; la verdá es esa!

JUAN. ¿Quién es?

TOMAS. No, no se lo digo,
porque usté es de los que pegan
y hace usté falta en la plaza
mañana á las cuatro y media.

JUAN. ¡Quién es! (Cogiéndole fuertemente por la mano.)

TOMAS. El Marqués de Ubize.

JUAN. ¿El hijo del Duque?

TOMAS. ¡Ea,
ese es, sí señor; el hijo
del Gobernador!

JUAN. ¡Dijeras
del hombre á quien yo respeto
más en el mundo!

TOMAS. ¡De veras!
Pues ahí tiene usté; ese es.

JUAN. ¡No hay desdicha como esta!

DOLORES. (Saliendo.)
¡Padre, hay un fuego muy grande
ahí enfrente, en las cocheras!

TOMAS. Jesús, que tengo allí el coche

y el caballo...

JUAN. Aguarda, espera...

DOLORES. Pasan las autoridades...
mucha gente...

JUAN. (Pensando en lo suyo.)
(¡El Marqués!...)

DOLORES. ¡Fuerzas!...
Es un incendio horroroso...

TOMAS. ¡Dios de su mano nos tenga!

JUAN. Oye...

TOMAS. Aquí baja Dolores.
¡Entiéndase usted con ella!

(Durante la escena que va á seguir, el horizonte ha de ir tomando tintes rojos, reflejando el incendio que se supone enfrente, y ha de ir obscureciendo poco á poco, de modo que al final de la escena sea casi de noche.)

ESCENA VII

JUAN LEÓN y DOLORES

DOLORES. (Bajando.)
Quiera Dios no encuentre
al paso á su padre...
me dijo que hoy mismo vendría, y no viene...
¿qué hay que le retarde?

JUAN. ¡Ven, que yo te vea,
ven, que yo te hable,
ven, y que te diga que yo estoy pasando
fatigas muy grandes!

(La coge por la mano y van á sentarse á la mesa donde estuvieron los Toreros.)

DOLORES. ¡Oye, y no te enojes,
oye, y no te enfades,
no pierdas el tiempo conmigo, en quererme,
que ya llegas tarde!

JUAN. ¡Tú estás engañada,
del mundo no sabes,
déjate de sueños y vente conmigo,
mi amor es bastante!

¡Yo vivo pensando
qué haré, para darte,
cuantos gustos quieras, cuanto tú me pidas,
mi vida y mi sangre!
Me ves afligido,
y lo que tú haces
no es noble, Dolores, que así no se juega
con hombres cabales.
Yo estaba en Sevilla
toreando una tarde,
salió un toro negro, pegando venía,
le eché un par de lances.
Y ahí van mis navarras
y allá van mis pases,
lo vuelvo y revuelvo, lo dejo parado,
me planto delante,
y echando el capote
con garbo en el aire,
me cruzo de brazos, le miro y le digo:
—¡Arranca, cobarde!
Diez mil voces juntas
atruenan el aire,
la plaza, estallando de inmensa alegría
las palmas me bate;
y en aquel momento
á los pies me cae,
envuelto en un rico pañuelo de blondas
que al golpe se abren,
un rojo abanico
que tu aroma trae,
las varillas de oro, los clavos de perlas,
la tela de encajes.
Las gracias dar quiero,
busco, y no hallo á nadie,
y en la plaza claman mil voces:—¡Arriba!
te encuentro anhelante,
y un escalofrío
corre por mi sangre,
y las voces dicen:—¡Si no la consigues,
que el toro te mate!
No había hasta entonces
querido yo á nadie,

y te fuí buscando dos años seguidos...

DOLORES. ¡Yo te olvidé antes!

JUAN. ¿Pues por qué el origen
fuiste de mis males?

DOLORES. ¡No era tu persona lo que yo admiraba,
no quiero engañarte!
¡Podía yo entonces
mis glorias pagarme,
y hacía envidiosos, y lucir quería
siempre en todas partes!
Premios al torero,
coronas al vate,
banquetes al rico, limosnas al pobre...
¡que digan! ¡que hablen!
la santa señora
en quien hallé madre,
estaba contenta viéndome dichosa
con mis vanidades.
No, no te equivoques,
yo hice aquella tarde
que todos los ojos en mí se fijaran...
¡tú allí no eras nadie!
Ya ves si soy franca.

JUAN. ¡Pero á castigarte
vino la fortuna, que da muchas vueltas!

DOLORES. De sobra lo sabes.

JUAN. Sí; porque lo supe
yo, que iba á tu alcance,
persiguiendo siempre tus pasos ansioso,
supe al fin hallarte,
y ahora que puedo
contigo igualarme,
como igual, te ofrezco mi gloria y mi hacienda,
mi vida y mi sangre.
Sabes que soy rico,
que te busco amante...

DOLORES. Yo no seré nunca mujer de un torero;
no Juan, no te canses.

JUAN. Dímelo ya claro
que otro hombre te atrae...

DOLORES. Negarlo sería mentir; tú lo has dicho.

JUAN. ¡Mira no te engañes!

¿Piensas que el que sueñas
su nombre ha de darte?...

DOLORES. Muchas he visto cual yo, que de humildes
llegaron á grandes.
No Juan, no te empeñes
en enamorarme,
que yo sólo ansío volver á aquel mundo
que perdí un año hace.
Yo no sé qué es esto
que en mis venas arde,
que es como el deseo que sienten los pájaros
de cruzar el aire.
Salir de esta casa,
romper esta cárcel,
vestirme á lo rica, verme otra vez dueña
de perlas y encajes.
Dar á manos llenas,
en alto mirarme,
y andar por el mundo con un hombre noble
que suya me llame.
Y cuando me veo,
aquí miserable,
sirviendo á lacayos y gente canalla,
pillos y rufianes,
y me acuesto arriba,
oyendo á mi padre,
contar las ganancias del bodrio y del vino
y al alba llamarme,
con un puñalejo,
hallado en la calle
que de algún oculto, ladrón ó asesino
aun tiene la sangre,
me dan sordas ganas,
tan baja al mirarme,
de hundírmelo entero en el pecho y dormir-
y no despertarme! [me

JUAN. Me espantas, me aterras
con ensueños tales...
¡DespiertaDolores, que tal vez un día,
llorando me llames!

DOLORES. ¡Siento el mal que te hago,
pero á fe, más vale

hablar con franqueza!

JUAN. ¡Quitarme de enmedio,
sé yo los rivales!

DOLORES. Del que á mi me quiere
estás muy distante.

JUAN. Pues aquí te juro, por Dios que me escucha...
¡que no ha de lograrte!

DOLORES. ¡Un coche! (Yendo á la ventana).

JUAN. ¿Quién llega?

DOLORES. (Es él... y mi padre
que vuelve, y yo al lado de un hombre...
[prefiero,
que venga y me llame.)
¡Adios!

JUAN. Por Dios, oye!

DOLORES. Ya la verdad sabes.
¡No pierdas el tiempo conmigo en quererme,
que ya llegas tarde!
(Sube precipitadamente la escalera.)

ESCENA VIII

JUAN LEÓN; DOLORES arriba; y después el SEÑOR TOMÁS

TOMAS. Es un incendio horroroso.
Vaya usté á verlo.

JUAN. ¡Una hoguera
tengo yo en mi corazón!

TOMAS. Si entra el Marqués y se encuentran...
(Va á mirar por la ventana inquieto. Vuelve á bajar.)
Allí está el Gobernador
y el Alcalde...

DOLORES. (Desde arriba). Tras él llega
otro coche... ¡una mujer!
(Juan estará paseando muy agitado.)

TOMAS. Vaya usté, don Juan, de veras,
yo he salvado el carricoche...
(¡Va á entrar!) (Juan no le hace caso.)
Y vale la pena

de ver una cosa así...
DOLORES. Ya viene.
TOMAS. ¿No va usted?
JUAN. ¡Ea!
¡Que no me muevo de aquí!
TOMAS. Como usté guste...
JUAN. ¡Estas penas...
ó se han de arreglar matando
ó muriéndose con ellas!
(Va á caer abrumado á la mesa.)

ESCENA IX

DICHOS y EL MARQUÉS; después LACAYO y GABRIELA

MARQ. A ver, ¿hay por aquí un hombre
que ayude á clavar la rueda
de mi coche?
LACAYO. ¡Tío Tomás!
TOMAS. (Se coló.) Tenga vuecencia
buenas tardes. (No muy amable.)
LACAYO. Vamos, anda.
Ven á ver cómo te arreglas,
que se nos ha roto el coche
viniendo del Pardo.
TOMAS. ¡Arrea;
pero te digo que tienes
unos coches de pamema,
que ya se han roto en un mes
tres veces junto á mi puerta!

ESCENA X

JUAN LEÓN, EL MARQUÉS y DOLORES; después GABRIELA

JUAN. (¡El Marqués es este, y viene
sin duda á buscarla á ella,
mas yo no he de consentirlo!)
MARQ. Allí está. (Viendo arriba á Dolores, va á subir.)

GAB. ¡Tente!
MARQ. ¡Gabriela!
DOLORES. (¡Qué es esto!)
MARQ. ¡Tú!
GAB. ¡Yo!
MARQ. ¡Oh mujeres
imprudentes y resueltas
más que los hombres mil veces!
¿Tú aquí?
GAB. ¡Qué absurda extrañeza!
Pues donde estás tú, ¿por qué
no he de estar yo?
DOLORES. (¿Quién es esta?)
GAB. Desde la Casa de Campo
vengo siguiendo tus huellas,
¡y pues hace un mes me huyes,
he de hablarte... donde pueda!
MARQ. Habla, pues, pero de prisa,
porque otra mujer me espera.
GAB. ¡Otra!
MARQ. Sí; tú lo has querido.
DOLORES. Mujer que le traes, bien vengas.
GAB. (Viendo á Juan.)
Allí hay un hombre; suplícale...
MARQ. Si no se va por la buena,
le echaré.
DOLORES. (Temerosa.) (¡Va á hablar con Juan!)
MARQ. Ya me conoces. No temas.
GAB. (La noche se viene encima:
su sombra nos favorezca.)
MARQ. (Se acerca lentamente á Juan y le habla con cortesía, pero con cierta altivez disimulada. Juan le espera de pie.)
¿Me haría usted el favor,
si en ello no se molesta,
de retirarse un instante
mientras hablo con aquella
señora que quiere hablarme
y no ser vista desea?
JUAN. (Quitándose el sombrero, y con dignidad.)
Sí lo haré, señor Marqués.
MARQ. (Mirándole fijamente y como sorprendido.)

¿Me conoce usted?

JUAN. Por lenguas.

MARQ. Pues... si me conoce usted, (Muy despacio.)
es muy posible que sepa
que yo... agradezco un favor.

JUAN. No le hay, si señoras median;
es obligación.

MARQ. (Con acento de aprobación.)
Muy bien.

JUAN. Y... después, con su licencia,
tengo que hablar dos palabras
con usted.

(Aquí, ya el Marqués se sorprende más. Hágase todo esto muy lento.)

MARQ. ¿Conmigo? Sea.

JUAN. Pues... será cuando usté acabe.

MARQ. Pues... será cuando usté quiera.

(Se quedan mirándose un instante. Juan se va por la puerta izquierda.)

ESCENA XI

DOLORES, EL MARQUÉS y GABRIELA

Gabriela habrá ido al foro á ver si alguien viene, y entorna la puerta. Entre tanto, el Marqués dice, bajo, á Dolores.

MARQ. ¡Espera!

DOLORES. Celos me dan
estos misterios y quejas.

MARQ. Puedes oirnos si quieres,
¡que has de quedar muy contenta!

(Gabriela baja resueltamente al proscenio.)

MARQ. ¡Habla! (Muy seco.)

GAB. Con buscarte aquí,
digo ya más que pudiera
expresar, al encontrarte,
avergonzada la lengua.
Ya sé que en poco me tienes;
que hice á tu amor gran ofensa;
que te engañé; que mi nombre,
hoy es de Madrid la befa;

que merezco que me huyas;
que hago mal, aunque no sea
más que por propio decoro,
en buscarte, desde aquella
tarde en que por mí pudiste
morir, de mi engaño en prenda:
¡pero es que desde aquel día
late mi amor con más fuerza;
porque te miro tan grande,
que, ya lo ves, por doquiera,
como sombra te persigo,
y aquí, hoy, en llanto deshecha,
vengo á que lo olvides todo,
y por compasión me quieras! (Arrodillándose.)

MARQ. Levántate, que no suelo
yo perdonar Magdalenas,
y á más, soy de los que pueden
tirar la primera piedra.
¡Ya veo bien lo que pasa
por tí, falsa y traicionera;
que tú y otras, me enseñásteis
á conoceros de cerca!
¡Absorbiste de mis años
la noble impulsión primera,
como absorbe al pajarillo
la serpiente que rastrea!
Viuda, joven, rica, hermosa,
corazón frío, alma seca,
arrollando corazones,
pasas como la tormenta.
¡No, no eres una, eres ciento
que por las calles pasean;
todo un mundo de mujeres
frívolas, falsas, funestas!
Me viste joven, sincero,
todo pasión, todo fuerza,
adulado, noble, franco,
é hiciste de mí tu presa;
y yo, desdeñando á tantas
que para vírgenes quedan,
me entregué á tí con el alma
para que el gusto tuvieras

de engañarme con un hombre
que yo mi amigo creyera.
Uno de tantos que tienden
la mano, y á nuestra mesa
comen, y amigos se llaman,
y en nuestros coches pasean,
y un día encontrar debemos...

GAB. ¡Calla!

MARQ. En... plática secreta
con la mujer que adoramos...
¡precisamente con esa!

GAB. ¡Fernando!

MARQ. ¡Y hay que batirse;
y pues las balas son ciegas,
el burlado es el herido
y el traidor con honra queda!
¡Y hoy quieres de nuevo al hombre
que obró con franca nobleza,
sí, ya lo sé, mas te engañas!

DOLORES. ¡Ah!

MARQ. Si ayer mi pasión eras,
hoy horror sólo me inspiras:
¡vete, que nunca te vea!

GAB. ¡Para echarme de tu lado,
no es precisa tanta ofensa!

MARQ. Yo no te he buscado á tí,
y además, tú me recuerdas
mis ilusiones perdidas,
mis incurables tristezas.
Mi padre, el Duque, muy niño
me envió á lejanas tierras,
y me eduqué en los colegios
de Alemania y de Inglaterra.
Bajo aquellos cielos tristes,
bajo aquellas tristes nieblas,
soñaba yo á los quince años,
allá en mis horas de huelga,
con mi nunca vista España
que el mundo entero celebra.
Aquel sol que el alma inunda,
de la amistad la nobleza,
aquellas grandes pasiones,

aquellas beldades nuestras...
Y al volver, salí á la vida,
mi pasión vertiendo á ciegas,
como del toril oscuro
salen al circo las fieras.
Como ellas sentí el castigo
de mi juvenil fiereza,
que con la sangre del alma
pagué mis locas empresas.
Aquí me halagan por rico,
allí mil bodas me agencian,
estos por grande me adulan,
la envidia sorda me acecha,
y el único que inocente
á su corazón se entrega,
soy yo, víctima de todos,
creyéndome en una tierra
tal como antaño y tan grande
nuestros padres nos la dieran.
¡No! ¡Yo vivo de mi alma,
y como es franca y sincera,
cuanto más chico ve al mundo
más alta subir desea!
Ya lo sabes, ¡te aborrezco!

GAB. ¡Eres cruel; pero piensa,
que una mujer ofendida
tarde ó temprano se venga!

MARQ. No temo á nadie, y más vale
que te diga con franqueza,
que á tus traiciones les debo
nuevo amor, y dichas nuevas.

GAB. ¡Otra mujer!

MARQ. Muy humilde,
pero que tan alta vuela,
que para un hombre cual yo,
no hay más digna compañera.

GAB. ¿Tanto ha bajado tu gusto?

MARQ. Tanto, que el gusto se venga,
y ha de ver Madrid muy pronto
una flamante Marquesa.

GAB. ¡No puede ser!

MARQ. (Mostrándole á Dolores.)

¡Ahí la tienes!

GAB. ¡Oyéndonos!

MARQ. ¡No vinieras
aquí, y así evitarías
que te oyesen!

GAB. ¡Oh, vergüenza!

DOLORES. ¡No la ultrajes; es mujer!

MARQ. Para mí fué monstruo, fiera...

GAB. ¡Delante de mí, á otra puedes
declararle mis flaquezas!

MARQ. ¡Delante de mí, una tarde
te encontré en manos ajenas!
¡Vete ya!

JUAN. Largo va esto.

ESCENA XII

DICHOS y JUAN LEÓN

MARQ. Ya es de noche, y que te vean
no es fácil.

GAB. ¡Eres indigno
del alto nombre que llevas!

MARQ. ¡Vete!

GAB. ¡Que no tenga yo
un hombre que me defienda!

JUAN. ¡Aquí hay un hombre, señora!
(Al verle le da vergüenza, y dice yendo hacia la puerta.)

GAB. ¡Oh, no!

MARQ. Ya lo hallaste; esa
es la gente que mereces;
ya tienes conquista nueva. (Sube la escalera.)

JUAN. (Viéndole subir, y olvidado ya de Gabriela.)
¿Dónde va?

GAB. (Desde la puerta.) ¡Te acordarás
de mí! (Se va.)

MARQ. Voy por tí.

DOLORES. ¡Bien vengas!

JUAN. ¡Alto!

MARQ. ¿Qué es eso?
(Insolente, ya en la escalera, plantando cara.)

ESCENA XIII

JUAN LEÓN, EL MARQUES, el SEÑOR TOMÁS, el LACAYO, LOS TOREROS y DOLORES; gentes varias que acuden.

DOLORES. Al Marqués.) ¡No bajes!
JUAN. ¡Tomás, si tienes vergüenza,
mira tu honra cómo va
rodando las escaleras!
TOMAS. ¡Señor Marqués, yo soy amo
en mi casa, y echo fuera
á quien quiero!
DOLORES. Viene gente...
¡O vete, ó sube!
MARQ. ¡Que vengan!
¿Era esto lo que teníamos
(Van acudiendo los hombres que al principio del acto estaban jugando; dos ó tres mujeres desarrapadas; gente que sale por la puerta de la cocina; hombres de mala catadura. Hágase conjunto.)
que hablar?
JUAN. Esto mismo era,
que yo á esa mujer la quiero...
MARQ. ¡Pues, amigo, tarde llegas!
TOMAS. ¡Váyase, señor Marqués!
JUSTO. ¡Yo lo haré bajar!
PANILLA. ¡La puerta! (Van á cerrar.)
UN HOMB. ¡Matarlo!
MARQ. ¡No os tengo miedo!
JUAN. ¡Quieto todo el mundo! (Apartando á todos.)
TOMAS. ¡Fuera!
DOLORES. ¡Sube!
MARQ. ¡A mí no se me impone
la gentuza por la fuerza!
(Juan León empuja hacia atrás con esfuerzo desesperado á los que van hacia el Marqués.)
JUAN. ¡Atrás, que esto es cosa mia!
¡Fuera de aquí!
MARQ. (Baja á la escena y coge una silla.)
Ya estoy cerca.

¡Al que dé un paso adelante,
le hago que muerda la tierra!

VOCES. ¡Duro con él!

MARQ. ¡Muchos traes
para asesinarme!

JUAN. ¡Tengan
respeto! (Apartando la gente.)

ESTERAS. (Al Picador.) (¡Suéltale un tiro!)

(El Picador saca un cachorrillo y va á dar la vuelta por detrás del corro.)

MARQ. ¡Venid! (Suena un tiro.)
¡Canallas!

PANILLA. ¡Najencia!

MARQ. ¡Cobardes!

JUAN. (Suplicante.) ¡Dejarme solo!
¡Fuera todos!

CHOTO. ¡Gente llega!

UNA VOZ. ¡El Gobernador!

MARQ. ¡Mi padre!

(Aquí unos saltan por la ventana, otros se van por las puertas. Dolores oculta al Marqués en el hueco de la escalera.)

TOMAS. ¡Arriba! ¡No!

DOLORES. ¡Aquí!

TOMAS. ¡No temas:
no le verá!

MARQ. ¡Ay! ¡A sus canas
faltaban angustias nuevas!

(Entra el Gobernador seguido de Agentes y Guardias. Detrás de las ventanas se ve una pareja de la Guardia civil.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; el GOBERNADOR, AGENTES y FUERZAS

DUQUE. ¿Qué pasa aquí? ¡Suerte ha sido
que yo del fuego venía,
pues muchas ganas tenía
de escudriñar este nido
de víboras! Ya hace un mes

me está esta casa indicada
como muy mal reputada!
¿Quién es el amo?

JUAN. (Señalando al señor Tomás.) Aquel es.

DUQUE. ¡Cómo! ¿Juan León aquí?

JUAN. Señor Duque, con licencia...
he de decir á vuecencia
que no hay que fijarse en mí;
que al fin... yo... soy un torero,
y esta es como casa mía;
lo raro, señor, sería
hallar aquí un caballero,
y aun fuese cosa muy rara
que el tal caballero fuera
tan... blanco, que ni siquiera
se atreviese á dar la cara!

MARQ. (Queriendo apartar á Dolores y otras personas que le cubren.)
¡Dejadme!

DUQUE. ¿Qué dices, Juan?

CHOTO. ¡Que hay valientes escondidos
en cuanto se ven perdidos!

MARQ. ¡Mientes, villano; aquí están!
(El Duque se queda atónito al ver á su hijo.)

DUQUE. ¡Jesús!

MARQ. Yo soy, padre.

DUQUE. ¡Aquí!

MARQ. Qué quiere usted; así es.
(Juan y el Marqués no cesan de mirarse.)

DUQUE. ¡Que nueva ocasión me des
para quejarme de tí!
¡Hace un mes un desafío...
hoy entre esta gente hallado...
y yo siempre condenado
á ser juez del hijo mío!
¿Qué ha pasado? (Dirigiéndose al señor Tomás.)

TOMAS. Que el Marqués...

DUQUE. ¡El señor Marqués, se dice!

TOMAS. Que el señor Marqués de Ubize
viene á mi casa hace un mes...
porque...

JUAN. Porque se ha empeñado

en robarme el bien que adoro.

DUQUE. ¡Esto más!

PICADOR. (A Juan, aparte.) ¡Derecho al toro!

TOMAS. De mi hija está enamorado.

JUAN. Esta es la pura verdad.

DUQUE. ¡Nada hay que excusarte pueda;
(Al Marqués.)
suceda lo que suceda
soy aquí la autoridad,
y el mando que el Rey me dió
yo por nadie lo quebranto!
¿lo entiendes?

MARQ. ¡Lo entiendo tanto,
que lo mismo haría yo!

DUQUE. ¿Quién disparó el tiro aquel
que sonó tras la ventana?

PICADOR. (Aparte á Juan.)
(¡Si hablas no pico mañana!)

JUAN. Yo he sido.

MARQ. ¡No ha sido él!

DUQUE. Pues entrambos, vive Dios,
pagaréis en este caso,
y hemos de salir del paso
con detener á los dos.
¡Y á usted también, por mi vida! (A Tomás.)
¡y á toda esa caravana! (Por los Toreros.)

CHOTO. ¡Es que... hay corrida mañana!

DUQUE. ¡Suspenderé la corrida!

DOLORES. Yo te sigo. (Al Marqués.)

DUQUE. ¿Quién es esa
que así tan triste solloza?

TOMAS. Esta es mi hija.

DUQUE. ¡Guapa moza!...
(Arrepintiéndose en seguida y con aire furioso.)
¡quiero decir, vaya presa!
(Dirigiéndose á los Agentes.)
Vayan cada uno en un coche
(Por Juan y el Marqués.)
estos dos, y esos á pie;
yo al Gobierno acudiré
antes de la media noche.

MARQ. Tus órdenes, padre, acato.

(Yendo hacia la puerta.)
¡Adiós! (A Dolores.)

DOLORES. ¡Encuentro maldito!

MARQ. ¡Ya lo sabes; te la quito! (Desde la puerta.)

JUAN. ¡Donde te encuentre... te mato!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Piso bajo y cuarto del Marqués en el Hotel del Duque, su padre, profusamente iluminado de luz eléctrica. El cuarto es ochavado, y por las puertas derecha é izquierda del foro, se verán escaleras practicables con tapiz, que conducen á los cuartos de arriba. La puerta izquierda da á la antesala, y ha de verse al pie de la escalera la puerta de la calle practicable. Entre las dos puertas está el piano, de dorso al público, de modo que cuando alguien se siente á él, dé la cara á la escena. Delante del piano, una *chaise-longue*. En las paredes, una panoplia con armas antiguas y modernas; grandes cuadros antiguos; en los espejos fotografías de mujeres, tarjetas, etc. Varios sillones y muebles muy cómodos, para que los personajes de la primera escena puedan estar echados y sentados de cualquier modo. A la derecha del público, puerta que va al cuarto de dormir. A la izquierda, la chimenea, con sillones á los lados, y una mesita con lámpara de gran lujo. Una puertecita disimulada junto á la chimenea, y ventana. Al levantarse el telón, cuatro criados traen una mesa que colocarán enmedio. Se van, y vuelven con el servicio del café, la mecha de alcohol para encender èl cigarro, una licorera y servicio de copas, y cajas de cigarros. Es preciso que hagan dos ó tres viajes, y que todas estas operaciones se hagan muy lentamente, dejando todo preparado para que se pueda tomar el café, y dando mucho tiempo al público á sentarse. En las diferentes sillas y butacas de la escena, sobre el piano y sobre la chimenea, estarán plegados los sombreros-clacs de las personas que están comiendo. Una vez todo el servicio colocado, los criados observarán que todo está en orden, y se retirarán. Después se oirán voces de conversación y risas, y aparecerán sin orden, y casi á la vez, todos los personajes que toman parte en la escena. Llevarán todos flores en el ojal, menos don José y el Marqués. Sandoval vendrá de uniforme de húsares.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, EL BARÓN, MANOLO, SANDOVAL, EL VIZCONDE, DON JOSÉ, GONZÁLEZ y EL CONDE

MANOLO. ¡Señores, lo que he comido!
Como no había almorzado...
BARON. ¡Claro! ¡Te habrás levantado
á las tres!
MANOLO. Por eso ha sido.
MARQ. (Se pone enmedio á servir el café á todos.)
Voy á hacer de ama de casa.
JOSE. Aquí nosotros solitos
con los buenos cigarritos
y un poco de bala rasa,
tomaremos el café
mientras hablan las señoras.
SANDOV. ¡Y que no son habladoras!
(Manolo se sentará al piano. González se acostará en la *chaise-longue*. El Barón, apoyado en la chimenea.)
VIZC. ¿Cómo andamos, don José?
JOSE. ¡Mal! ¡El exterior, no hay día
que no nos dé un bajonazo!
(Don José sentado á la chimenea con un periódico. Sandoval á caballo en una silla.)
VIZC. ¡El que á éste le de un sablazo,
no ha nacido todavía!
(El Barón y el Conde pondrán sus tazas sobre el piano, y oirán á Manolo.)
CONDE. ¡Unas guajiras, Manolo!
MARQ. (A González, que ha de estar durante toda la escena echado.)
¿Cuántos, tú? (Por los terrones de azucar.)
GONZ. ¿Yo? Treinta y siete.
MARQ. ¡Bueno! (Riendo.)
(A Manolo.) ¿Cognac, ó anisete?
MANOLO. ¡Lo más fuerte!
JOSE. (Al Marqués.) Un sorbo sólo.
BARON. ¡Chico, cada día está
más adornada esta pieza!

SANDOV. Siempre vivió con grandeza
quien hecho á grandeza está.
MARQ. El piso es independiente
de todo el resto de casa;
cierro allí, y ya nadie pasa
(Por la puerta de la derecha.)
por aquí, ni por enfrente.
Y aun cerrando por allí,
(Por la puerta de la izquierda.)
me quedo aislado en seguida;
así aquella alegre vida
de soltero hice yo aquí,
sin que nadie me estorbase,
ni nadie se apercibiera;
mi madre, que es tan severa,
era fuerza que ignorase
visitas que á ciertas horas
tuve aquí... bien poco honradas;
en fin, son cosas pasadas.
VIZC. Tonto serás si las lloras.
(El Vizconde debe pasear por el cuarto, y á cada momento tomar copas de cognac.)
GONZ. Señores, tengo un dolor
en los mismísimos huesos...
SANDOV. ¡El reuma!
CONDE. ¡Los excesos!
BARON. ¡Hombre, canta, haz el favor!
(A Manolo, que estará enredando en el piano.)
VIZC. ¿Y tu chica? (A Sandoval.)
GONZ. ¡Ah, sí! ¿Qué has hecho
de ella?
SANDOV. ¡Está encerrada, amigo!
No sale más que conmigo,
y de noche.
BARON. ¡Buen provecho!
GONZ. ¿Otra copita? (Al Vizconde que menudea.)
VIZC. Otra.
CONDE. ¡Así
te va á pasar como anoche;
que hubo que llevarte en coche!
VIZC. ¿Qué hiciste tú?
CONDE. No salí.

Hubo comida en mi casa.
MARQ. ¿Quién comió?
CONDE. Los de Mesina,
el Ministro de Marina,
el Nuncio, Pepita Espasa,
los de López, la de Orbases...
SANDOV. ¡Caramba, no estar yo allí!
¡Cómo me gusta!
BARON. ¡Y á mí!
VIZC. ¡Y á mí también!
GONZ. ¡Vaya, ases!
(Risa general. Sigue tarareando.)
Yo me fuí luego á jugar
hasta las tres.
JOSE. ¡Ah, vicioso!
BARON. ¿Qué tal?
GONZ. ¡Un pato horroroso;
seis barajas sin pasar!
Aquel señor Senador,
don Martín...
JOSE. ¡Ah, sí, Ontiveros!
GONZ. ¡Señores, me dejó en cueros!
No he visto suerte mayor.
CONDE. ¿Es el que increpa á las plebes,
y habla siempre por ahí
contra los tres ochos?
GONZ. ¡Sí;
y á mí me largó seis nueves!
VIZC. A propósito: ¿quién toma
parte en un billete?
BARON. Yo.
GONZ. Yo si fías.
VIZC. A tí no.
GONZ. ¡Hombre, gracias!
SANDOV. Es en broma.
CONDE. ¿Quién lleva parte?
El Marqués,
mi padre, éste, mi cochero,
don Antonio, el Regatero
y el cura de San Ginés.
(Manolo canta una cosa flamenca corta, mientras todos fuman.)

GONZ. ¡Ole por los cantaores! (Aplausos. Cesa el canto.)
(Entra un criado, y le da una carta al Marqués.)
MARQ. (¡Ah! ¿Va á venir?)
SANDOV. ¿Qué te da?
BARON. ¿Algún sablazo?
MARQ. ¡No!
VIZC. ¡Cá!
¡Son puñaladas de amores!
GONZ. ¡Hombre, no te he preguntado
por lo de ayer!
SANDOV. ¡Ah, sí; el lío
de ayer!
CONDE. La bronca en el río.
MARQ. Ya el mundo os lo habrá contado.
SANDOV. ¿Es verdad que te detuvo
tu padre?
MARQ. Y á Juan León.
GONZ. ¡Todos á la prevención!
(Grandes risas.)
MARQ. En el Gobierno nos tuvo;
pero yo ablandé á mi padre,
y nos sacaron de allí.
VIZC. ¿Y Juan León?
MARQ. No le ví.
BARON. ¿No sabrá nada tu madre?
MARQ. ¡No! Pues por eso en seguida
hubo perdón general.
JOSE. ¿Y cómo está?
MARQ. No está mal.
Toma frio, no se cuida,
y ha hecho tres días de cama:
aún no baja por aquí;
¿me dejáis que vaya?...
TODOS. Sí.
MARQ. Siempre creo que me llama.
(Se va por la puerta derecha del foro: se le ve subir al cuarto de arriba.)
GONZ. ¡Anda, hijo, vengan traguitos!
VIZC. No he hecho la digestión.
CONDE. ¡Qué malo estaba el salmón!
JOSE. ¡Los vinos eran malitos!
SANDOV. ¿Y el vate, con voz gangosa

largando aquellas folías?

GONZ. Eso de las poesías,
es una lata horrorosa.

JOSE. ¡El cambio á quince! Dan ganas
de emigrar.

VIZC. ¡Hay poca guita!

BARON. (Indicando la puertecita que hay junto á la chimenea y la ventana.)
¡Eh! ¡Mirad la puertecita
por donde entran las barbianas!

GONZ. Por donde entraron; ya no.

MANOLO. Dicen que se va á casar.

CONDE. Por aquí debía entrar
aquella que le engañó.

BARON. ¿Gabrielita?

SANDOV. ¡Gabrielona!

CONDE. ¡Pensar que le costó un tiro!...

BARON. Hoy la he visto en el Retiro,
muy maja.

GONZ. ¡Buena persona!

(Vuelve el Marqués muy contrariado.)

MARQ. ¿Quién á mi madre ha podido
contar lo que á mí me pasa?
¡Qué infamia! ¿En mi misma casa
estaré también vendido?

JOSE. ¿Está peor?

MARQ. No está mal.

GONZ. Hombre, cuéntanos, Ubize;
¿es verdad lo que ya dice
muy velado *El Imparcial?*

MARQ. Pueden contarlo muy claro
revisteros y cronistas:
no dirán en sus revistas
nada de nuevo ni raro.
¿Que quiero dar nombre y rentas
á una mujer muy humilde?
¿pues quién habrá que me tilde
ni venga á pedirme cuentas?
¿No hemos visto en pocos años
hacer, á hombres muy leales,
matrimonios desiguales
tan lógicos como extraños?

Mi madre, que adoro yo,
tan honrada, tan sencilla,
era muy pobre en Sevilla
cuando mi padre la halló
para unirse en día feliz
con la hija de un capitán:
que si mi padre es Guzmán,
yo soy Guzmán... y García.
Ni esto criticarse puede,
ni hay, para el amor, forzosa
ley, porque el amor.... es cosa
que no se piensa: sucede.
Si entre vosotros quizás
hay quien no me juzgue bien,
separémonos, y amén,
mas no murmurar detrás.

SANDOV. Chico, estamos convencidos.
VIZC. Pues de las bromas no escapas.
GONZ. El Marqués y las chulapas,
ó celos mal reprimidos.

(Risa general: el Marqués le coge por el cuello y le saca de la silla donde está echado. Se echan todos encima á separarlos.)

MARQ. ¡Vive Dios, que has de salir
de aquí por esa ventana!
GONZ. En tu casa estás.
SANDOV. ¡Qué gana
de ofenderse!...
BARON. ¡Y de reñir!
JOSE. ¡Señor Marqués!
MARQ. Ya está hecho:
elige dos, yo otros dos,
y sea pronto.
GONZ. ¡Por Dios,
no lo tomes tan á pecho!
JOSE. Son bromas, y son sinceras:
vaya, quédese esto así.
GONZ. Cree que, si te ofendí,
no pensé que te ofendieras;
mas si quieres...
MARQ. La ocasión
no es buena para excitarme...

(Se le ve que ya le pesa lo que ha hecho. Está muy conmovido, casi lloroso.)

¡tú sí que has de perdonarme!

GONZ. ¡Pero hombre... de corazón!

(Se abrazan con gran nobleza y cariño.)

VIZC. Vaya, esto se arregla sólo
con una buena juelguita
en Fornos, y una cenita
á la salida de Apolo.

TODOS. ¡Bravo!

JOSE. (Al Marqués.) ¿No manda usté nada?

MARQ. ¡Mil gracias, amigo Viña! (Dándole la mano.)

GONZ. Yo voy á sacar la niña,
que la tengo enchiquerada.

ESCENA II

DICHOS y AURORA

Tipo de muchacha angelical: dieciséis años. Viene vestida de soirée, descotada. Traje blanco ó muy claro.

AURORA. (Desde la puerta de la izquierda)
¿Quiéren ustedes hacer
el obsequio de acabar
de echar humo, y de venir
al salón?

TODOS. ¡Aurora!

AURORA. Están
las señoras muy quejosas,
porque hace una hora ó más
que están ustedes fumando;
y además, va á recitar
don Luis unos versos nuevos,
y hay que oirle.

MARQ. Voy allá.

GONZ. (¡Adiós! ¡latita tenemos!)

VIZC. Como me pueda largar...

AURORA. Y va á cantar una tiple
que aun no ha salido en el Real,
y se estrena aquí. Es muy guapa...

SANDOV. Vaya, vamos á estrenar
á esa señora.

AURORA. (Dirigiéndose á Sandoval con mucho afecto. Cogen todos los clacs.)
Le he dicho
al ministro...

SANDOV. ¡Oh, qué bondad!

AURORA. Que á ver si le lleva á usted
á la Inspección general.

SANDOV. Aurorita, es usted un ángel.

VIZC. ¿Juegan al tresillo ya?

AURORA. En el despacho del tío.

VIZC. A ver si puedo sacar
para pagar la barrera
de mañana. (Se va.)

CONDE. ¡Y es verdad!
¡seis Miuras, y Juan León!

BARON. A ver si hay hule.

GONZ. ¡Ojalá!

SANDOV. Pase usted, don Pepe.

JOSE. Usted...
(Se van del brazo.)

MANOLO. Vamos, tú. (A González.)

GONZ. (Cogiéndose de su brazo.)
Vamos allá. (Se van todos.)

ESCENA III

EL MARQUÉS y AURORA

El Marqués ha ido á sentarse á un sofá, muy triste, con la cabeza apoyada en las manos y los codos en las rodillas. Aurora se acerca á él muy despacito.

AURORA. ¿Qué tienes? (Con mucha dulzura.)

MARQ. (Amable y disimulado.)
¡Nada!

AURORA. ¿Estás triste?

MARQ. ¡No!

AURORA. ¿De verdad?

MARQ. ¡De verdad! (Pausa.)

AURORA. ¿Has perdido?

MARQ. Yo no juego,
ya lo sabes.
AURORA. ¡Ah!...
MARQ. Jamás.
AURORA. ¿No has ganado la elección?
MARQ. ¡Ya sé que la he de ganar;
ni me ocupo! Han de votarme
unos y otros...
AURORA. Claro está.
MARQ. ¡Unos por pura afición,
otros por necesidad,
porque son colonos nuestros
y obedecen á papá,
y entre todos me harán ir
á las Cortes, para estar
rodeado de habladores
y de ambiciosos, que van
á buscar puestos... yo no
necesito figurar,
yo soy modesto; no miento!
AURORA. ¡Porque eres bueno! (Con muchísima dulzura.)
MARQ. Quizás;
pero el serlo, prima mía,
me esta saliendo muy mal.
(Otra pausa. Aurora se sienta á su lado, mientras él mira al suelo.)
AURORA. Vamos, ¿qué tienes?
MARQ. (Con amable despego.) ¡Qué empeño!
AURORA. No sabes disimular;
algo te pasa.
MARQ. (Tratando de sonreir.)
¡Que no!
AURORA. Y no me lo cuentas ya
como cuando éramos niños,
¿te acuerdas?
MARQ. ¡Dichosa edad!
AURORA. ¿Te acuerdas cuando te daban
aquellos berrinches?...
MARQ. ¡Bah!
¡quien recuerda!...
AURORA. ¡Y yo, que siempre
viví en tu casa ducal

con los tíos, desde el día
en que se murió mamá,
siempre era tu consejera
cuando por algún desmán
tu padre te reprendía,
y tú te excitabas más,
y llorabas y rabiabas;
y yo solía sacar
mi pañolito... aun le tengo,
(Sacando un pañuelo.)
mírale, bordado está
con más lágrimas del primo
que arenas lleva la mar!
Paño de lágrimas tuyo
era yo siempre.

MARQ. (Con tristeza.) ¡Es verdad!

AURORA. Tu padre te castigaba
y te mandaba encerrar
en un gran cuarto de plancha...
¿te acuerdas? ¡Y yo, á buscar
la llave, y á consolarte,
y á llevar dulces y pan,
y á sacar mi pañolito,
y tú, gruñir y rabiar!
Después... te fuiste al colegio,
y me escribías de allá
unas cartas tremebundas,
que á mí me hacían temblar.
«¡Estoy harto de este encierro,
me ahogo aquí, no puedo más;
un día me arrojo al Támesis
si no me mandan sacar!»
Y yo decía:—¡qué falta
mi pañolito le hará!
¡Pues también hoy te hace falta,
no lo ocultes, por piedad...
si lo estoy viendo, que tienes
muchas ganas de llorar!
(Al oir esto, el Marqués le coge el pañuelo, y rompe á llorar, ocultando en el pañuelo la cara. Momentos de silencio.)

AURORA. Vaya hombre, y yo que venía

tan contenta á madrugar
por darte los días... ¿Oyes?
Mañana es tu santo, y vas
á recibir unas flores
que he salido yo á comprar
esta tarde para tí,
más bonitas... ya verás,
cuando vuelvas á deshora
aquí las vas á encontrar;
¡por Dios, díme qué te pasa,
no me hagas esperar más!

MARQ. (Resueltamente.)
¡Es... que yo adoro á mi madre!
y acabo de averiguar
que mi madre... que está enferma,
sabe algo de la ansiedad
en que yo vivo, y mis penas,
lo que me pasa, quizás!

AURORA. ¿Pues qué te pasa? (Muy asustada.)

MARQ. ¡Que tengo,
Aurora, que atravesar
por uno de esos momentos
en los que los hombres van,
ó á su descrédito y ruina,
ó á dar vida á un ideal!
A tí contártelo puedo.

AURORA. ¿A quién mejor? Habla ya,
dí.

MARQ. Yo estoy enamorado...
(Al oir esto, Aurora se levanta aterrada y dice todo lo que sigue andando hacia atrás muy conmovida, hasta desaparecer.)

AURORA. ¡No, por Dios! No digas más.
¡Cuéntame todas tus penas,
pero esas no! guárdalas...
Ya entiendo lo que tú tienes...
y el hondo y sordo pesar
que te arranca amargo llanto...
que Aurora no calmará...
Perdona, si á estorbar vine,
con la mejor voluntad;
allí hago falta, y mi ausencia,

de seguro notarán...
ya sabes... que cuando tengas
desengaños que llorar...
no tienes más que buscarme,
¡y siempre me encontrarás!

ESCENA IV

EL MARQUÉS viéndola marcharse, y con pena.

¡La pobre...! ¡Quién sabe dónde
está la felicidad!
¡Oh, pero no hay que perder (Levantándose.)
el tiempo; la suerte está
echada, y á media noche
la solución hay que hallar.
(Leyendo la carta que le dió antes el criado.)
«Antes de que Juan León,
que con mi padre está ya
de acuerdo, de aquí me lleve
la corrida al terminar
mañana, he resuelto yo
contigo el riesgo evitar,
y á las doce de esta noche
á tu puerta me tendrás.
La honra y la vida, bien mío,
te entrega mi amante afán;
tu verás que haces de mí,
si un desengaño me das...
cerca de casa está el río,
y alta la corriente va.»
Unica es esta en sentir
como yo, franca y leal,
y habla con el noble acento
de almas que enteras se dan.
(Mirando hacia la puerta izquierda del foro.)
Quiera Dios que pronto acabe
la *soirée*... al fin, más valdrá,
que anunciando que á mi madre
el ruido la sienta mal,
los eche, y libre me quede
la media noche al sonar.
¡Antonio!

ESCENA V

EL MARQUÉS y ANTONIO

Antonio es un criado antiguo de la casa, muy viejo.

ANTONIO. ¡Señor Marqués!
MARQ. Aquí una mujer vendrá,
(Expresión de asombro en el criado.)
conmigo dentro de un rato;
poco tiempo ha de pasar
en casa, y has de ocultarla,
y las maletas harás
como para un largo viaje,
que al alba hemos de marchar;
cerrarás antes las puertas...
ANTONIO. Como antaño... (Recordando algo y con respeto.)
MARQ. ¡Ay! ¡Es verdad!
pero esta vez no hay delito,
Antonio; el tiempo no más
de que la noche termine
sin que nadie pueda entrar.
ANTONIO. Bien, señor.
MARQ. Quitar todo eso.
(Lo dice por la mesa, servicio, cigarros, etcétera. Después mira el reloj que habrá sobre la chimenea, y dice.)
Las once y media no más;
hay tiempo. Vuelvo en seguida;
silencio y actividad.

ESCENA VI

ANTONIO y los CRIADOS

Antonio va á la puerta del foro izquierda, y hace seña con la mano para que venga alguien. Vienen cuatro criados, como al principio del acto, que van quitando todo lo que trajeron. Se pone á arreglar el desorden del cuarto; pone las sillas en orden, y recoge los papeles y periódicos del suelo. Un abrigo que habrá detras del piano, lo dobla y lo coloca en otra silla junto á la puerta. Habla á medida que hace todo esto, cortando cada verso, para que cada uno resulte una reflexión de hombre viejo y experimentado. Y todo ello, más bien en voz baja.

Si no le hubieran llevado
tan lejos... para estudiar...
mil cosas... todas inútiles...
dejándole desbordar...
ese genio que le mata...
la casa estaría en paz.
Ahora vienen los disgustos;
los padres lo pagarán;
cuando quieran remediarlo,
sabe Dios qué pasará...
¡los padres... junto á los hijos!
esa es la pura verdad...
¡Antes... aprendían menos,
pero nos querían más!

(En este momento, aparecen en la puerta de la izquierda el Duque y el Marqués cogidos del brazo. Antonio se va por la puerta de la derecha lateral. Así que entran en escena, el Duque va á cerrar la puerta por donde vinieron, y dice.)

ESCENA VII

EL DUQUE y EL MARQUÉS

DUQUE. Señor Marqués, hijo mío.
MARQ. Señor Duque, ilustre padre.

DUQUE. Aquí solitos los dos,
ya que en la casa no hay nadie,
pues has echado á la gente
con palabras muy amables,
ajustemos nuestras cuentas
como dos hombres cabales.

MARQ. No pido yo más ventura
que rendirlas al instante
como mi deber lo pida,
y cual mi obediencia mande.

DUQUE. Pensar que yo te consienta
que en escándalo constante
te entregues á tus pasiones
con mozuelas de la calle,
olvidado de quién eres
y ofendiendo á tu linaje,
ni lo pienses, ni lo sueñes,
ni esperes que yo lo pase.
(Viendo que el Marqués va á hablar.)
¡No me hagas observaciones,
que yo pondré por delante
mi pasado, y mis alegres
juventudes militares;
que más flamenco que yo,
pienso que no ha habido nadie!
En Granada y en Sevilla,
aventuras á millares
tuve, de que hoy me avergüenzo,
pero todas de un instante:
mas ver que hoy un hijo mío
con tal persona se case
como ya por Madrid corre,
haciendo á mi casa ultraje,
¡antes que tal cosa vea,
pienso, por Dios, que me mate!

MARQ. ¡Eterna, absurda manía
que tienen todos los padres
de recordar con espanto
lo que ellos hicieron antes,
y querer contra las leyes
de la herencia y de la sangre,
que los hijos que engendraron

no sean á ellos iguales!
Pues si usted dió mano y nombre
á la que es mi santa madre,
y á la modesta andaluza
se unió el ilustre magnate,
no me riña si yo hastiado,
penas llorando con sangre,
en la simple hija del pueblo
consuelo á mis penas halle.
Usted dijo en el Senado
con aplauso, la otra tarde,
que las razas degeneran;
que nuestra España decae.
Pues si ustedes empezaron
por fundir castas y clases,
no es de extrañar que en nosotros
las inclinaciones bajen.
Y basta señor, que estoy
queriendo decir verdades,
faltando al santo respeto
que un hijo debe á su padre.

DUQUE. ¡No me vengas con discursos!

MARQ. En el mundo, nadie sabe
dónde ha de encontrar un alma
que su sed de amores calme.

DUQUE. Pero al hombre bien nacido
que no sabe respetarse,
hay que enseñarle del mundo:
ya es harto escándalo, y grave,
haber tenido aquel duelo
por la tal viuda de Gárves,
una mujer, amiguito,
que para estar en carácter
debía de estar colgada
en Atocha, ó ir delante
de la procesión del Corpus;
¡porque más que ella, no hay nadie!
¿Adónde fuíste á buscarla?
¿Dónde demonios la hallaste?

MARQ. ¡Aquí, en mi casa la hallé!
¡A nuestra mesa, en los bailes
que usted da!

DUQUE. ¡Pues es verdad;
que en Madrid las puertas se abren
á todo el mundo, y resulta
que todos somos iguales!
Pero, aún así y todo, y siendo
como es, es de buena sangre,
y lleva un buen apellido,
y ¡en fin, qué demonio, es alguien! (Iracundo.)

MARQ. ¿Y qué culpa tengo yo
de que la traición y el fraude,
si van de perlas vestidos,
puedan salir á la calle?

DUQUE. Muy bonito, muy bien dicho;
pero á la vida hay que darle
su parte práctica siempre,
y hay que ceder.

MARQ. ¡Ya es muy tarde!

DUQUE. Vuelve en tí si no estás loco,
y si lo estás, que te aten;
porque nos pones á todos
en la situación más grave.
Tú, diputado mañana;
yo, senador, Duque, Grande,
la primera autoridad
de Madrid; tu pobre madre,
que se mira en tí, afligida;
¿y vamos á dar al traste
con todo, porque te da
la gana de enamorarte
de una chula? ¡Vamos, hombre,
no hagamos más disparates!

MARQ. Mi palabra está ya dada,
y á más, no hay por qué alarmarse,
que la que tanto te asusta
y tan penoso te trae,
fué educada en noble casa
si nació en pobres pañales.

DUQUE. ¡A que me vas á probar
que hallaste en el río un ángel!

MARQ. Hallé un sér extraordinario;
con verlo, será bastante.

DUQUE. (Cogiéndole y haciéndole sentar en el sofá con él.)

¡Mira, yo te voy á hablar
como amigo; ya no hay padre
ni hijo aquí, y he de decirte
claro, sin contar detalles,
que asimismo estuve yo
de loco, treinta años hace;
y ya tenía yo entonces
cuarenta! ¡Es para probarte
que los hombres nos podemos
chiflar, á todas edades!

MARQ. ¿Lo ve usted?

DUQUE. ¡Espera, hombre!
¡A mí me dió por prendarme
de una flamenca, de verla
sobre una mesa, bailándose
con un juego de caderas,
y un palmoteo y un cante,
en fin, chiquillo, una cosa
de volverlo á uno jarabe!
(El Marqués sonríe melancólicamente al oir esto.)
Llegué á tomar tan en serio
aquella pasión infame,
que me la llevé á mi casa
y la vestí muy en grande,
y en fin, pensé en una boda
como tú.

MARQ. ¿Lo ve usted, padre?

DUQUE. Pero al fin cayó la venda
de mis ojos... que al mirarme
aislado de mis amigos,
sufriendo cien mil desaires
además de otros disgustos...
que á tí no puedo contarte,
volví en mí gracias al cielo
y á haber hallado á tu madre,
que Dios puso en mi camino
para que ella fuese el ángel,
la adorada compañera
de quien tú llevas la sangre.
Haz tú lo mismo, Fernando,
no seas bárbaro, cásate
con una mujer... decente,

noble ó no, pero... aceptable,
y no demos más escándalos,
que ya hemos dado bastantes.

MARQ. Pues franqueza por franqueza,
lo que pensaba ocultarle
voy á decírselo franco,
para no engañar á nadie.
Aquí la espero esta noche.
(El Duque se levanta furioso.)

DUQUE. ¡Aquí! ¡Mira, no me exaltes!

MARQ. Sí, señor, porque prefiero
que entre por la puerta grande,
que para engañarla aleve
la guardara en otra parte.

DUQUE. ¡Pues la mando á la galera
como de la puerta pase!

MARQ. ¡Este... es mi cuarto!

DUQUE. ¡Y el mío!
¡que en mi casa mando!

MARQ. Padre...

DUQUE. ¡Si tal vergüenza me impones
y ofensa á mis canas haces,
veremos quién puede más
y á ver quién vencido sale!

MARQ. Cuidado.
(Lo dice viendo venir á Antonio, para que este no se entere de la disputa.)

ESCENA VIII

EL DUQUE, EL MARQUÉS y ANTONIO

DUQUE. ¡Qué hay!

ANTONIO. La señora
Duquesa me ordena llame
al señor Duque.

DUQUE. Allá voy.

MARQ. Tal vez oyó...

DUQUE. (Al Marqués.) No te marches.

MARQ. Le espero á usted impaciente
porque hace poco á mi madre

la ví muy inquieta... alguno
ha ido tal vez á contarle...

DUQUE. ¡Cualquiera! ¡Como que estamos
en ridículo un mes hace!

MARQ. Saber lo que tiene quiero.

DUQUE. ¡Yo me encargo; más ya sabes,
como entre aquí esa persona,
duerme esta noche en la cárcel!

ESCENA IX

EL MARQUÉS y ANTONIO

MARQ. ¿Y qué he de hacer? ¡Cómo puedo
á recibirla negarme,
ni cómo con ella, y dónde
iré porque sola pase
la noche... sin que la encuentren
ó Juan León, ó su padre!...
¡Aquí á lo menos, cuatro horas
está en salvo, y son bastantes
para realizar mi plan,
huir con ella, marcharme
donde nadie nos maldiga,
donde nadie nos infame!
No hay más remedio. Hay que huir.
(Suenan las doce en el reloj de la chimenea.)

ANTONIO. ¡Las doce!

MARQ. Antonio, ya sabes.
Por esta puerta vendremos.
(Señalando á la puertecita reservada.)

ANTONIO. Pero... ¿y la llave?

MARQ. (Recordando.) ¡La llave!
¡Es verdad, que aun la conserva
la que aquí en horas infames,
burlando al mundo, venía
la paz del alma á robarme!
¡Pues por aquella entraremos
(Indicando la puerta de la antesala que se ve al fondo.)

y la Virgen nos ampare,
que los que van á derechas
entran por las puertas grandes!
Guarda aquella puerta tú
(Señalando la de la derecha del foro.)
por si volviese mi padre,
y así que ya dentro estemos,
á mi amor quiero que guardes
hasta el día, en aquel cuarto
del fondo, que á esta hora nadie
viene allí.

ANTONIO. El cuarto está lleno
de ropas, sombreros, trajes
de las señoras, mil cosas...

MARQ. Así podrá recrearse
viendo las armas del lujo
que tanto incauta la atrae.
Cierra allí; si padre vuelve
será forzoso que llame,
y así habrá tiempo de todo. (Se va.)

ANTONIO. ¡Que el Señor con bien nos saque
de esta aventura!

ESCENA X

ANTONIO

Después de cerrar la puerta de la derecha del foro, va á apagar la luz eléctrica de la antesala. Luego viene á la escena y apaga, también por medio del botón, todo lo que es luz eléctrica en la escena, de modo que sólo ha de quedar la luz de la lámpara de aceite que hay sobre el piano, y así queda la escena con poquisima luz.

ANTONIO. La luz
será preciso que baje.
Nadie arriba.
(Esto lo dice mirando hacía arriba, desde la antesala. Después va á la ventana á ver si vienen ya, y oye. Todo esto se ha de hacer con la lentitud y misterio consiguientes.)
Aún no han entrado...

Sí, lentamente se abre
la puerta del hotel; esa
es la puerta de la calle...
crugir oigo de hojas secas
al son de pasos iguales...
ahí están.

MARQ. ¡Antonio!...

ANTONIO. ¡Aquí!

(Entra el Marqués, que trae de la mano á Dolores, cubierto el rostro con una mantilla ó velo, á gusto de la actriz.)

MARQ. ¿Nadie ha bajado?

ANTONIO. No hay nadie.

(Antonio se va por la puerta derecha lateral.)

ESCENA XI

EL MARQUÉS y DOLORES

El Marqués abre la luz eléctrica; entre tanto Dolores se ha descubierto y contempla asombrada el cuarto, sin hacer gran caso de lo que va á decir él.

MARQ. ¡Entra, mi bien, que en mi hogar
impaciente amor te aguarda,
y ya tu presencia tarda
mi ventura en coronar!
¡Ven, que en mis brazos te vea;
ven, que á mi lado te mire,
y en tus ojos mi alma aspire
la paz que ansiosa desea!
¡Ven, y seamos así
después de tanto esperar;
tú, dichosa con llegar,
y yo mirándome en tí!

DOLORES. ¡Qué deslumbrante riqueza,
oh, mil veces bien hallada,
la noble casa impregnada
de tu española grandeza!
Riqueza que el vulgo admira
ví ya de cerca una vez,
pero no la esplendidez

que en tu casa se respira.
Armas, retratos, blasones
de antiguas ejecutorias...
herencias de nombre y glorias
que no compran los millones...
Así en mis largos ensueños
ví yo al hombre que anhelaba,
cuando á tantos desdeñaba
para mi pasión pequeños.

MARQ. Deja sueños de ambición,
y de gloria y de grandeza,
que no piensa la cabeza
cuando manda el corazón.
Díme si en tu pensamiento
viví, que la ausencia es muerte,
y siempre que tardo en verte,
morir de ausencia me siento.
¿Pensaste en mí desde ayer?
¿Qué pasó? ¿Volver me viste?

DOLORES. ¡Noche fué la de ayer triste,
muy largo el amanecer!
Con mi padre á Juan León
volver ya muy tarde oí,
y ambos trataron de mí
en larga conversación.
Allá, en mi cuarto encerrada,
oí sus planes malditos
que los dos tratan á gritos
aun la cosa más sagrada.
Subir Juan León quería
anunciando ofensas graves;
echaba yo dobles llaves,
mi padre le contenía.
Y en esta emboscada artera
tratando de mi destino,
entre blasfemias y vino
pasaron la noche entera.
De mi desventura tratan,
lazos á tu amor le tienden;
yo aguardo á ver si me venden
ó si borrachos me matan...

MARQ. ¡Luego á tiempo no te dieron

la carta que te escribí?

DOLORES. A tiempo llegó, y allí
ellos juntos la leyeron;
y al ver que en ella propones
huir conmigo en seguida,
de mi suerte y de mi vida
trataron las condiciones.
Con mucho oro ganó Juan
á mi padre, y hoy de allí
quieren sacarme, ¡ay de mí!
pero engañados están,
que en salvo estoy; si no quieres
guardarme, de aquí me iré,
donde quieras viviré,
haré lo que tú quisieres;
pero hazme, por Dios, vivir
como mujer que á ser va
de hombre que tan alto está,
que aquella vida es morir.
¡Logremos en paz y en calma
la dicha con que soñaste,
cuando por mi puerta entraste
herido de cuerpo y alma.

MARQ. ¿Te acuerdas? ¡Qué tarde aquella,
y cuál mi sorpresa fué
cuando tu voz escuché
el alma pendiente de ella!
¡Cómo penetraste en mí
y cómo en mi alma leiste,
y al adivinarme triste,
qué lástima que te dí!
Pensar que un tosco patán,
por el vulgo envanecido,
en tí pensar ha podido...

DOLORES. ¡Guárdate por Dios, de Juan!

MARQ. ¡Qué me importan sus furores!
¿Piensas que miedo le tenga?

DOLORES. Celoso está.

MARQ. ¡Bah! Que venga
á robarme mis amores.

DOLORES. Fuego de rencor le abrasa.

MARQ. De él á hablar más no volvamos

y á nuestro amor acudamos,
que el tiempo rápido pasa.
Cuatro horas no más tenemos
de impaciencias y temor;
del día al primer albor,
de esta casa nos iremos.

DOLORES. ¿Pues dónde vamos?
(Con gran extrañeza y disgusto.)

MARQ. No sé.
Ocurren cosas muy graves;
déjame hacer, que ya sabes
que lo mejor dispondré.
En esta casa estás mal,
que mi padre nos acecha;
mi madre, en llanto deshecha,
llora mi pasión fatal,
y hay aquí mujer soltera
á quien se debe respeto;
pronto llamarte prometo,
y todo de mí lo espera.

DOLORES. No te quisiera ofender,
mas, calma mi corazón:
tanta y tanta precaución,
vergüenza pudieran ser.

MARQ. ¿Qué dices?

DOLORES. Tu noble cuna,
tal vez te las ha dictado.

MARQ. ¡Una palabra te he dado,
y yo no tengo más que una!
Deja á tu Fernando, deja
que nuestra dicha disponga
sin que nadie se le oponga.

DOLORES. ¿Nadie de mi amor te aleja?
Del mundo, que es tu enemigo,
temo el acento iracundo.

MARQ. ¿Qué me importa á mí del mundo
si sé que cuento contigo?

DOLORES. A tí quiero verme unida.

MARQ. Pública es ya mi intención.

DOLORES. ¡Juntos con el corazón!

MARQ. ¡Juntos por toda la vida!
Por aquí. (Llevándola á la puerta lateral derecha.)

DOLORES. En tu amor confío.
MARQ. Espera hasta el día en calma.
DOLORES. ¡Adiós, amor de mi alma!
MARQ. Entra.
DOLORES. ¡Hasta pronto, amor mío!

ESCENA XII

EL MARQUÉS; después ANTONIO

MARQ. Ya la suerte echada está:
con ella lejos me voy,
gusto á mi padre le doy
y libre mi amor será;
y ya el matrimonio hecho,
y consumada la unión,
¡lo que ofende á la opinión
lo ha de imponer el derecho!
ANTONIO. Señor, ahí con mucha prisa,
unos hombres han llegado,
en el Gobierno han estado
y al amo ver les precisa
y hablan del señor Marqués,
y de una mujer que ha huído
de su casa...
MARQ. ¡La han seguido!...
ANTONIO. ¿Es esta?
MARQ. Sí. ¡Corre pues!
Diles que mi padre está
en el campo hasta mañana,
y así la noche se gana.
¡Ve, que si no á volver va!...
ANTONIO. ¡Señor! ¿es posible?...
MARQ. Sí.
¡Corre!... ¡pero, no, iré yo!
ANTONIO. ¡No, por Dios, no vaya, no;
yo iré! (Se marcha corriendo.)
MARQ. Segura está allí.
Esta puerta es fuerza que abra,
(Por la de la derecha del foro.)
que á mi padre oigo bajar...

esta otra voy á cerrar...
(Por la de la izquierda del foro.)
ahora, corramos...
(Yendo hacia la puerta lateral derecha.)
DUQUE. (Cortándole el paso.) ¡Palabra!

ESCENA XIII

EL MARQUÉS; EL DUQUE, viene con dos periódicos en la mano.

DUQUE. ¡Ya sabemos qué tenía
tu madre, y lo que la aflige!
MARQ. ¿Qué fué?
DUQUE. Sus tiros dirige
contra tí la cobardía.
Algún bribón redomado
á nuestra familia hostil,
en un anónimo vil
á tu madre ha consternado.
Tras de contarle el suceso
de ayer á orillas del río,
y tus amores...
MARQ. ¡Dios mío!
¿Era eso?
DUQUE. ¡Sí, era eso!
Está la pobre afligida,
y yo lo estoy igualmente,
porque conozco á esa gente
con quien va tu fama unida.
MARQ. ¡Padre! (Enojado.)
DUQUE. Quien usó el ardid,
tal vez asustarnos crea...
En fin, tu madre desea
que te marches de Madrid.
MARQ. ¿Eso quiere?
DUQUE. Sí, señor.
MARQ. Pues contenta ha de quedar,
que yo pensaba en marchar
del día al primer albor;
ya está usted tranquilo, padre,

y todos de acuerdo vamos.
DUQUE. Corriente; pues... transijamos;
antes que nada, es tu madre.
MARQ. Sí.
DUQUE. Ya eres mayor de edad...
oye prácticos consejos;
¡haz tu gusto, pero lejos!
ya vendrá la saciedad.
Toda pasión es suicida,
y en su propio afán se estrella;
al mes, te cansarás de ella;
esta es la ley de la vida.
Una aventura de un mes
á tu edad, no hay quien le extrañe.
MARQ. ¿Luego es mejor que la engañe
y la abandone después?
¡Qué mundo es este, señor,
que me da claro á entender
que faltando á mi deber
ha de juzgarme mejor!
DUQUE. Basta de filosofar,
y á tu obcecación renuncia:
no ves que la carta anuncia...
MARQ. ¿Qué?
DUQUE. ¡Que te van á matar!
MARQ. ¿Cómo?
DUQUE. A tu madre aconsejan
que te aleje de seguida,
que está en peligro tu vida.
MARQ. ¡No! ¡Los nuestros no se alejan! (Exasperado.)
¿Huir ante una traidora
asechanza, yo, un Ubize?
¿Y es usted quien me lo dice?
DUQUE. ¡Yo no! ¡Tu madre que llora!
MARQ. ¡No! ¡Sería vergonzoso,
y el que es noble, lucha y muere!
DUQUE. (¡Nace el valor, no se adquiere;
bien dijo el autor famoso!)
MARQ. ¡Esos viles delatores
son, ó León ó la viuda!
DUQUE. ¡No es seguro!
MARQ. ¿Quién lo duda?

¡Les estorban mis amores!
DUQUE. Seguro de ello no estás.
MARQ. ¡Antes del amanecer,
á los dos los he de ver!
(Va corriendo á coger el abrigo que hay sobre la silla.)
DUQUE. ¿Otro escándalo?
MARQ. ¡Y mil más,
menos pasar por cobarde!
DUQUE. ¡Ya basta con el que cuentan,
y en son de burla, comentan
los diarios de la tarde! (Enseñando los periódicos.)
MARQ. ¿También? (Iracundo.)
DUQUE. Cuanto ha sucedido,
y hasta con falsos detalles;
y anda por plazas y calles
nuestro nombre discutido;
¡y luego te extrañarás
que tu madre esté deshecha!
MARQ. ¡Pues va á quedar satisfecha,
y muy pronto!
DUQUE. (Desesperado.) ¿A dónde vas?
MARQ. ¡A darle, por vida mía,
á cada traidor su pago!
DUQUE. ¡Vaya me voy, si no, hago
con él una tropelía!
(Se va por la puerta del foro derecha, con los brazos en alto.)
¡Está loco!

ESCENA XIV

EL MARQUÉS y ANTONIO

MARQ. Es Juan León;
es él, cobarde y artero...
¡Antonio! (Aparece Antonio en seguida.)
Fiel cancerbero
sé de aquella habitación.
ANTONIO. ¿Qué pasa, señor, qué pasa?
MARQ. ¡Que antes de Madrid dejar,
voy estorbos á quitar...
y á defender á mi casa!

(Sale como un rayo. Antonio queda haciendo gestos de desconsuelo. El Duque vuelve por doude se fué, como si hubiese olvidado decir algo, muy deprisa.)

ESCENA XV

EL DUQUE y ANTONIO

DUQUE. Pero no pienses... (Le busca con la vista.)
ANTONIO. Salió.
DUQUE. ¡No pienses, le iba á decir,
que la tal llegue á venir,
que esta noche velo yo!
(A Antonio que estará á la puerta lateral derecha.)
Déjame todo apagado.
(Antonio aprieta el botón; queda la escena á obscuras.)
¡Ya nadie entra!
ANTONIO. Bien está;
nadie aquí puede entrar ya.
(No miento, pues que ya ha entrado.)
DUQUE. Vete.
ANTONIO. Que Dios nos ayude.
Buenas noches.
(Se va por la puerta derecha lateral.)
DUQUE. Por si acaso,
(Sentándose en el sillón, junto á la chimenea.)
la noche entera me paso
aquí, aunque no me desnude.
¡Y en cuanto á la tal mujer...
voy á incluirla en las listas
de una banda de anarquistas
que me han mandado prender!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En casa de la Juana. La escena debe estar alumbrada no más por una lámpara con pantalla verde que hay en la mesa á la derecha, donde están sentados los toreros, y por un candelero ó palmatoria que habrá sobre una cómoda, de modo que apagando casi la luz de la sala, y dejando la escena á la débil luz de la lámpara, el público apreciará mejor el cuadro, que debe tener gran color local, íntimo. A la mesa de la derecha, los toreros examinan una capa verde que la Juana y ellos tienen extendida. A la izquierda, una bailadora flamenca baila al son de guitarras que tocan tres ó cuatro hombres. Los muebles del cuarto son dos grandes armarios roperos en el fondo á ambos lados de un balcón practicable en el que habrá una jaula con una codorniz, un botijo, macetas, y un toldo echado hacia fuera. Este toldo se ha de manejar á su debido tiempo, por consiguiente no puede ser figurado. El cuarto debe estar lleno de humo de cigarros. En el foro no hay puertas. Habrá una lateral izquierda, en segundo término, y dos laterales derecha. Antes de la primera escena hay un poco de baile flamenco y palmas.

ESCENA PRIMERA

JUANA, EL PICADOR, CHOTO, ESTERAS, PANILLA, JUSTO, dos TOREROS, más la BAILADORA y los TOCADORES

CHOTO. ¡No, como buena, ya es buena! (Por la capa.)
Es cosa rica; los vale.
ESTERAS. ¡A ver esas bailaoras,
que se vean!
JUSTO. Y el mollate.

PICADOR. Es una capa de veras.
JUANA. Aquel pobre Antonio Sánchez,
con la desgracia que tuvo,
no la estrenó; pero sabe
todo el mundo que era suya,
y yo tengo muy cabales
mis cuentas y su recibo,
y ya ves los años que hace
que la tengo, porque quiero
venderla bien.
CHOTO. No, si nadie
le ha dicho á usté que se dude;
lo que yo digo, es que trate
de bajar la puntería
un poco, que dos mil reales,
es mucho dinero, Juana;
¿verdá usté? (Al picador.)
PICADOR. Ya pueen darse.
CHOTO. En fin, ya hablaremos de eso,
que estamos perdiendo el baile.
ESTERAS. ¡Arza parriba!
JUANA. La niña
es bailaora de sangre.
(Empieza otra vez el baile; que no sea muy largo.)
PANILLA. ¡Eso es bailar!
ESTERAS. ¡Hola, Justo,
que de esto no hay en Jetafe!
PICADOR. Dales un poco de vino. (A la Juana.)
(La Juana da de beber á la muchacha y los hombres.)
CHOTO. ¡No vuelven! (Aparte al picador.)
PICADOR. No vuelve náide.
ESTERAS. ¡Pus claro! Estarán buscándola.
CHOTO. ¡Maldita sea su madre...
es más mala que la quina!
PICADOR. ¡No comparar!
JUSTO. Que esto acabe
con bien, es lo que hace falta.
CHOTO. Y que mañana se maten
los toros como es debido.
PICADOR. Y que tú pongas tus pares
sin bailar.
CHOTO. ¡Dale con ella!

JUSTO. Y que Juan no se desplante
pensando en sus líos, y haiga
un disgusto.
PANILLA. Y tié que darle
la alternativa al *Pelitos*.
PICADOR. ¿Ese es el de Utrera?
CHOTO. Y trae
mucha fama.
PICADOR. ¿Ese, verdá?
Pues ese va á ir por los aires
mañana á las cinco y cuarto;
ya verán ostés qué baile.
JUSTO. Seis Miuras, señor Manuel.
PICADOR. ¿Y á mí, qué vas á contarme?
¡Les meto yo cada puya
de vara y media de grandes,
y les dejo chorreando;
y si ustés ven lo que hacen,
en tocandito á la muerte
no tié Juan más que dejarse
caer, y á tocar las palmas,
y á cobrar veinte mil reales!
CHOTO. ¡Es menester que mañana
en saliendo de la tarde,
cumpla lo que ha prometido,
y al Marqués ese, lo abrase,
porque aquí en este papel
(Cogiendo un periódico que hay en la mesa.)
hablan de eso, y le dan aire
al asunto, y aquí á Juan
le dicen que á ver si sale
con honra, y que el otro es bravo,
y que á Juan no querrá darle
satisfacción, vamos, cosas...
que no le gustan á nadie!
JUSTO. Y un torero, es un torero,
y un marqués...
PICADOR. ¡Que no compares!
PANILLA. ¿Pero cómo quién ustedes
que un marqués vaya y se iguale
con nosotros? Vamos, hombre,
hay que pensar, y fijarse,

y en fin...

PICADOR. ¡Si no ha de haber nada!
¡yo he salido por delante
porque yo sé más de mundo
que ustedes, y sé los pases
que hay que dar á cada toro...
y en fin, dejarlo á mi alcance!
Antes de nada está fuera
de Madrí el otro compare.

CHOTO. ¿Quién?

PICADOR. El Marqués.

CHOTO. ¿Y por qué?

PICADOR. Porque no quedrá su madre...
en fin, yo sé lo que digo.
(¡Si les cuento á estos pelgares
lo del armónimo, ya
no es armónimo!)

JUSTO. ¡Adelante!
venga música.

CHOTO. Esperad.

PICADOR. ¡Yo sé las debilidades
de la gente, que soy viejo
y he corrío muchos lances
en el mundo, y me las traigo!

JUSTO. (A Juana.) ¡Oyes tú, que va haciendo hambre!

CHOTO. Tiene razón Justo.

JUANA. Vaya,
cuando ustedes quieran, pasen
á cenar; vamos á dentro
y allí va á seguir el cante.

CHOTO. Aguarde usté... que al sereno
llaman... y la puerta se abre.
(Va al balcón y mira hacia abajo y dice.)
¡Juan!

JUANA. (Dentro.) ¡Sí!

CHOTO. Ahí esta el maestro.
A ver qué noticias trae.

PICADOR. Tocarle un poco de música
para recibirlo en grande.
(Los guitarristas tocan y la muchacha comienza á bailar. La Juana ha ido con el candelero á alumbrarle, y entra con él. Juan León viene muy mal humorado.)

ESCENA II

DICHOS y JUAN LEÓN

JUAN. ¡Basta ya de canturreo! (Cesa el baile.)
¡No tengo ganas de fiesta!
Traigo el corazón más chico
que los niños de la escuela.
(Va á sentarse, abrumado, á la mesa, diciendo.)
¡Sentarse! (Se sientan todos.)
PICADOR. ¡Malo!
JUAN. ¡Hola, Juana!
CHOTO. ¿Qué ha sucedío?
JUAN. Allí queda
el señor Tomás. Dijeron
que el Duque se ha ido á la sierra
y no vendrá hasta mañana;
pero Tomás allí espera,
y hasta que amanezca Dios,
quiere aguardar á la puerta,
porque conoce á Dolores...
¡y sabe Dios lo que acecha!
JUANA. ¡Y nosotros que aguardábamos
para darle á usté una juelga!
JUAN. ¡Bueno estoy yo para músicas!
¡Hoy tengo el alma muy negra! (Pausa larga.)
Antes me encantaba oir
soledades de la tierra,
y bebiendo vino alegre
olvidar mis hondas penas.
Después de matar seis toros,
con vosotros á mi vera,
oyendo de la guitarra
la arrulladora cadencia,
con los ojos entornados
soñaba yo horas enteras.
¡La muerte, que en nuestro oficio
está siempre en la barrera,
detrás de los burladeros,
á ver cuándo se nos lleva,

la veía yo en mis sueños,
á mis pies, como una sierva,
y á la Virgen, mi patrona,
sonriéndome tras ella.
Veía hermosas mujeres,
en blanca mantilla envueltas,
pidiéndome una mirada
cuando los clarines suenan;
y á través de un abanico,
del color de la vergüenza,
de unos ojos como soles
veía la luz intensa
que decían: ¡anda y mata,
lúcete, que yo lo vea,
que allá en la sombra te aguardan
triunfos que el mundo no sepa!
(Se levanta, y cambiando de tono, exclama.)
¡Ay!... Todo eso ha concluído;
yo ya no soy el que era:
mis sueños son de venganzas,
de desdichas y tragedias.
La muerte de mí se ríe,
la veo haciéndome muecas,
me mira el toro á la cara,
nubes la vista me ciegan,
y aquella mujer traidora
que sangre y alma me quema,
está vestida de galas
allí en la grada tercera,
con él, y ríe al mirarme
ensangrentado en la arena...
no, yo estoy de Dios maldito:
venga ya la muerte, venga,
si he de verla en otros brazos,
¡muera yo, mil veces muera!
(Va á caer de bruces en la otra mesa, en la que están los tocadores. Hay momentos de silencio respetuoso. Uno de los tocadores de guitarra le dice con cariño.)

TOCADOR. Pero, señor Juan, ¿qué es esto?
JUAN. (Abrazándose furioso y aterrándole.)
Esto es que allí está la puerta.

¡Ahí va un billete, marcharse!
(La bailadora y los hombres se retiran lentamente, quedándose un instante á la puerta hasta que suena la campanilla del Viático.)

PICADOR. (¡Dios de su mano nos tenga!)
JUAN. ¡No, no hay Dios para los pobres!
PICADOR. ¿Pobre tú?
JUAN. No hay Providencia
para...
CHOTO. ¡Callarse! ¡El Señor!
(Se oye lejos la campanilla del Viático: se arrodillan todos. Juana y la bailadora sacan las luces al balcón. Se levantan, y los tocadores y la bailadora se marchan. El Picador dice santiguándose.)

PICADOR. ¡Dios le dé salú al que sea!
JUAN. Mañana visto de negro.
JUANA. ¿De negro?
JUAN. Señal es esta
de que me entierran mañana.
PICADOR. ¡No quiera Dios que tal veas!
CHOTO. Antes... habrá que cumplir
con la vergüenza torera.
JUAN. ¿Qué quieres decir?
PICADOR. No azares.
CHOTO. Que hay así como una apuesta
entre usté y el mala sombra
de ayer...
JUAN. A mí no me enseñas
lo que he de hacer.
CHOTO. Si no es eso:
¡es que se ha cruzáo la prensa!
PANILLA. Y dicen si no habrá nada,
y todo Madrid espera.
JUAN. Pues si la opinión me aguarda,
ya verá con quién se encuentra;
porque antes de matar toros
maté hombres, que son más fieras:
agua al pecho en la manigua
y cuerpo á cuerpo en Estella.
Qué quieren, ¿ver si me achico?
pues pedid á Dios que sean
blandos los toros mañana.

PICADOR. Eso de mi cuenta queda.
JUAN. Lo que siento con el alma
es que el enemigo tenga
sangre de aquel á quien debo
respeto y afección tierna.
Por él vine yo á la plaza
de Madrid; su bolsa abierta
tuvo siempre para mí,
y le hallé á mi cabecera
cuando tuve la cogida
del toro de Concha Sierra.
¡Y que tenga que matarme
con el hijo de la mesma
persona á quien tanto debo...!
¡No, no hay desdicha como esta!
PANILLA. ¡Y todo... por la Dolores!
CHOTO. ¡Pues, hasta maldita sea
la papilla que mamé!...
¿No pué usté echar esa tema
de querer á tal persona,
teniendo usté por docenas
las mujeres en Madrid
que harán por usté bajezas?
JUAN. ¿Quién puso puertas al campo,
ni al querer puso barreras?
¿Dónde van los corazones?
¡Dejarlos ir donde quieran!
Los toros hieren de frente,
las hembras son traicioneras;
ellos van donde los llamas,
¡tú vas donde quieren ellas!
Los toros de más cuidado,
hieren á bulto y á ciegas;
¡las heridas que ellas hacen,
van al corazón derechas!
Dejadme, dejadme solo;
id á cenar, que os esperan...
Juana, dame con que escriba
al señor Duque dos letras,
y á donde está la Dolores
antes de mañana sepa.
JUANA. Allí, en mi cuarto, hay de todo.

(Lo dice por la puerta lateral derecha, segundo término.)

JUSTO. Vamos á ver esa cena.

JUAN. Luego pasaré á buscaros. (Se va.)

JUANA. Yo necesito esta pieza,
que espero visita.

CHOTO. Vamos.
Malo va esto.

ESTERAS. Mal, de veras.

PICADOR. Como yo no pique jondo,
mañana hay una trijedia.

ESCENA III

JUANA, pone en orden las sillas, vasos, etc.

¡Gracias á Dios! Ya la viuda
debe llegar, que el papel
en que me avisó decía:
«después del teatro, iré.»
Vendrá por dinero. ¡Es claro!...
y le prestaré otra vez:
¡sobre que una es tonta! Al cabo
y al fin, perdido no es,
porque es persona que siempre
sale de sus trampas bien.
Quiere, además, que le cuente
lo que pasa en el hotel
del Marquesito, y que yo,
mejor que Juan León, sé.
¡Válgame Dios, y qué mundo!
Todos locos, y el Marqués
más loco que todos.... Llaman
al sereno... voy á ver.
Ahí está el coche; cerremos
aquí, y así evitaré
que estos borrachos la vean.
(Cerrando la puerta por donde se fueron los toreros.)
Voy á alumbrar. (Suena la campanilla.)
Sí, ella es.
Abre, Teresa. ¡Muy buenas,
señorita! pase usted.

ESCENA IV

JUANA y GABRIELA

GAB. ¿Estás sola?
JUANA. No hay cuidado.
GAB. ¿Me esperabas? No pensé
que era noche de verbena,
y en el barrio hay un tropel
de gente, muy peligroso.
JUANA. Así es mejor para usted.
En una calle desierta,
ser visto muy fácil es;
donde hay mucha gente junta,
quien más mira, menos ve.
GAB. Acaso tengas razón.
¿Qué ha sucedido? ¿Saber
has logrado...? (Va á sentarse.)
JUANA. Todo.
GAB. ¿Todo?
JUANA. El portero del Marqués
me debe mucho dinero,
porque cuando voy á ver
á la Duquesa... el pobre hombre
suele pedirme su mes
adelantado, y le doy
sus ocho duros ó diez
que me paga poco á poco;
porque honrado, sí lo es,
y yo no puedo decir...
GAB. ¿Hablarás?
JUANA. Pues verá usted.
Ha habido muchos disgustos
en la casa.
GAB. ¿Ah, sí?
JUANA. Porque él,
el Marquesito, se casa
con la tal...
GAB. ¡Pobre mujer!
como á mí, la dejará;

como yo, será tal vez
víctima...

JUANA. ¡Vaya por Dios!
Señorita, yo no sé
lo que ha podido pasar
entre ustedes; pero ello es,
que el Marqués es un sujeto
como no hay dos.

GAB. Tú tambien...

JUANA. A mí me ha comprado mucho
y siempre le he visto hacer
las cosas en grande; ¡oh, eso!...

GAB. Calla y pena no me des,
que tú no sabes lo mucho
que yo he sufrido por él.

JUANA. Eso es otra cosa.

GAB. Sigue.

JUANA. Pues la Dolores... se fué.

GAB. ¿Se fué?

JUANA. Se fué de su casa.
Está ciega... ¿y qué hay que hacer
con los locos? Mi sobrino,
que ha ido á espiar el hotel,
porque yo sé hacer las cosas...

GAB. ¡Oh, gracias!

JUANA. Con tino y bien,
la ha visto entrar.

GAB. ¿Dónde?

JUANA. Allí,
en el hotel del Marqués.

GAB. ¡No es posible!

JUANA. ¡Con él mismo,
no hace una hora!

GAB. (¡Oh! ¿Qué haré
para robarle su dicha?)

JUANA. Tomás, su padre, ha ido á ver
con Juan León al Gobierno
si dan con ella, y después
á la casa...

GAB. ¿Y la han hallado?

JUANA. No, que yo me lo callé,
porque usté es antes.

GAB. León...
JUANA. ¿El espada?
GAB. Sí, el de ayer...
ya entiendo...
JUANA. Ese está perdido
por ella...
GAB. ¡Cómo podré...!
¿Dónde vive Juan León?
JUANA. ¿Qué, le quería usted ver?
GAB. ¡Sí!
JUANA. Pues aquí está.
GAB. ¿Qué?
JUANA. Ahí dentro.
GAB. ¡Ay Juana! Yo te daré
cuanto tengo, cuanto quieras,
si me haces hablar con él.
¿No hay más que él aquí?
JUANA. ¡Jesús!
Tengo allá dentro, ocho ó diez
amigos suyos y míos.
(Al oir esto Gabriela se levanta, y se echa el velo por la cara.)
GAB. Hallarte sola pensé.
JUANA. No hay miedo, están encerrados,
y Juan en el cuarto aquél.
GAB. ¡Llámale en seguida!
JUANA. Voy.
JUAN. (Saliendo.) ¡Juana!
JUANA. Aquí le tiene usted.

ESCENA V

JUAN LEÓN, GABRIELA y JUANA

JUAN. ¡Señora!...
(Sorprendido al encontrarse con Gabriela.)
(¡Cómo empezar!...)
JUANA. Don Juan, aquí hay alguien que...
GAB. ¡Aguarda! (Temerosa, irresoluta.)
JUANA. Que quiere hablarle.
GAB. ¡Ah!

JUAN. No es la primera vez,
que veo esa cara... ¡Ah, sí! (Recordándola.)
GAB. ¡La misma soy, Juana, ve,
no dejes que nadie venga!
JUANA. Ya está usted servida, y bien. (Se va.)
GAB. Cierre usted la puerta.
JUAN. (Cerrando la puerta lateral derecha.) Cierro.
GAB. Hablemos.
JUAN. Hablemos pues.

ESCENA VI

GABRIELA y JUAN LEÓN

GAB. ¿Recuerda usted quién soy yo?
JUAN. La misma que ayer hallé,
á quien ayuda brindé,
y mi brazo rechazó.
Lo ofrecí franco y sincero,
y usted lo evitó altanera;
tal vez pensó que no era
el brazo de un caballero...
(Viendo que Gabriela quiere interrumpirle.)
Perdóneme si la falto;
mía era allí la ventaja.
GAB. Sí, yo estaba allí muy baja,
y usted estaba muy alto;
pude en mi ciega pasión,
ir á donde no debía;
pero aun así, no podía
aceptar su protección.
JUAN. Ya lo sé yo, por mi mal,
que hay por el mundo unas leyes,
que igualan pueblos y reyes;
¡todo á nivel, todo igual!
Pero mientras charla el pico,
y echa broncas la arrogancia,
queda siempre la distancia
entre el grande y entre el chico.
GAB. Tal vez...
JUAN. No me ofendo, no,

que desde la infancia lucho,
y como he sufrido mucho,
ser muy humilde sé yo.
¿Qué desea usted de mí?
Los desgraciados se entienden,
y manos blancas no ofenden;
en un libro lo leí.

GAB. Tiene usted gran corazón,
y á usted vengo á confiarme,
que sé que puedo fiarme
á ciegas de Juan León.

JUAN. Conmigo nunca hay cuidado,
que á toda mujer respeto.

GAB. ¿Sabrá guardar un secreto?

JUAN. Señora, he sido soldado.

GAB. Muy bien.

JUAN. Y aunque yo no sé
si vengo de buena casta,
soy hombre de bien, y basta;
nunca un contrato firmé.
¡Ni á notarios ni escribanos
honorarios satisfice;
todos mis tratos, los hice
con un apretón de manos!

GAB. Esta es la mía. (Tendiéndole la mano.)

JUAN. ¡Así fuera
tal, que mi fiebre calmara!

GAB. Hablemos, pues, cara á cara.

JUAN. ¡Salga el sol por Antequera!

GAB. Yo estoy ¡ay! tan ofendida,
y en mi amor tan últrajada
como usted, que en su alma honrada
lleva abierta oculta herida.

JUAN. ¡Ah!

GAB. Le roba á usted su amor,
quien á mí me roba el mío;
de igual desdén y desvío
es nuestro intenso dolor.
Usté ha jurado matar...

JUAN. ¿Lo sabe usted?

GAB. ¿Quién lo ignora?
La prensa propaladora

la frase ha echado á volar.
Si fué una fanfarronada
de que se ha de arrepentir...

JUAN. Siempre he sabido cumplir
una palabra empeñada.

GAB. Pues más tiempo no perdamos,
que es forzoso el laconismo.
Los dos queremos lo mismo;
seamos uno.

JUAN. Seamos.

GAB. ¿Qué hará usted para cumplir
lo que esa palabra exige?

JUAN. No lo sé, más de lo que dije,
no me puedo arrepentir.
Batirme de igual á igual
no puedo, que es de temer
que él no quiera descender
á tan humilde rival.
Matarle como un villano
eso tampoco sabré,
que hay en mí yo no sé qué
que me detiene la mano.
¡Y en esta lucha de amor
y odio en que me desespero,
ya no sé ni lo que quiero,
ni lo que manda el honor;
honor, de alta ó baja esfera,
que mal ó bien lo entendemos,
pero todos le tenemos
cada cual á su manera!

GAB. ¡Y en tanto que usted, leal,
en sordos celos se abrasa,
Dolores... duerme en la casa
de su dichoso rival!
(Aquí la escena toma gran animación.)

JUAN. ¿Qué dice usted?

GAB. Así es.
Ante el oro, todo cede,
y nadie arrancarla puede
de los brazos del Marqués.

JUAN. ¡Luego huyó con él!

GAB. ¡Mañana

tal vez lejos estarán,
y de usted se reirán
como la opinión mundana!

JUAN. ¡Es decir, que hemos estado
junto á ella, necio de mí...
que estaba escondida allí!
¡y allí nos han engañado!
¡Pues voto á Dios, que la yerran,
y como soy Juan León,
que entraré por el balcón
si las puertas se me cierran!

GAB. No hace falta.

JUAN. Falta hará.

GAB. Para entrar y sorprender,
una llave es menester.

JUAN. ¿Y quién la tiene?

GAB. (Dándole una llave.) Aquí está.
(¡Llave de mis esperanzas
con que yo mi cielo abría,
quién me dijera que un día
fueras puñal de venganzas!)
No me pregunte usted más,
en usted fío mi honor.

JUAN. ¿Qué haré yo por tal favor?

GAB. No descubrirme jamás.

JUAN. Palabra doy.

GAB. De ella fío.
Nadie ha de saber que vamos
de acuerdo.

JUAN. Unidos estamos
como su rencor y el mío.

GAB. Jure.

JUAN. ¡Por la Virgen mía,
lo jura mi alma sincera;
y si una madre tuviera,
por ella lo juraría!

GAB. Fío en usted como en mí.

JUAN. Dicho está... (Yendo á buscar su sombrero.)

GAB. ¡Gracias, León!

JUAN. Y vámonos ya, que son
horas de que yo esté allí.

GAB. Nadie me ha visto aquí entrar.

JUAN. Nadie la verá volver.
(Oyese gran estrépito de muebles caídos y cristales rotos.)

MARQ. (Dentro.) ¡Fuera!

GAB. ¿Qué?

JUAN. ¿Quién puede ser?

MARQ. (Dentro.)
¡Vive Dios, que he de pasar!

JUAN. ¡Es el Marqués!

GAB. (Yendo á la puerta que cerró León.)
¡Aquí!

JUAN. ¡No,
que allí está toda mi gente!

GAB. ¡Si aquí me halla, Dios clemente,
su víctima fuera yo!

MARQ. ¡Abrid! (Golpeando la puerta.)

GAB. ¡Voy á ser mañana
de la corte la irrisión...
si no me salvas, León,
me arrojo por la ventana!

JUAN. ¡Allí!
(Lo dice por el balcón. Gabriela tira del toldo, y lo deja caer, de modo que cubre la entrada del balcón y ella queda detrás.)

GAB. ¡Que cuento contigo,
si eres un hombre de honor!

MARQ. ¡Abrid!

JUAN. ¡Valedme, Señor! (Abriendo la puerta.)
¡Adentro!

MARQ. (Entrando insolentísimo.)
¡Salud, amigo!

ESCENA VII

GABRIELA, JUAN LEÓN y EL MARQUÉS

MARQ. ¡Aquí te vengo á buscar,
cara á cara y frente;
ya que las das de valiente,
valiente vas á encontrar!
En tu casa te busqué
y aquí dijeron que estabas;

por si esconderte pensabas,
por la fuerza á verte entré.
Como consentir no puedo
que á traición hables de mí,
á retarte vengo aquí,
que á mí no me das tú miedo.
Mas, yo no he de descender
hasta batirme contigo
con el mundo por testigo,
que yo tengo que perder.
Ahí abajo tengo un coche
y en él hay dos caballeros;
te buscas tú dos toreros,
y antes que acabe la noche,
solos, y sin más testigos
que los que los dos llevemos,
al alba nos mataremos
como francos enemigos;
porque si tú eres el bú
de gentes de tu calaña,
¡sabe que hay Grandes de España
tan valientes como tú!

JUAN. ¡Para venirme á retar
no hacía falta el alarde
de fuerza, bajo y cobarde,
de invadir extraño hogar!

MARQ. Lo hice para que el ultraje
te dé de reñir deseo.
¡Como en tus bríos no creo,
vengo á ver si haces coraje
y á acabar con tus rencores,
que se vengan sin razón
en anónimos que son
las armas de los traidores!

JUAN. ¡Nunca he buscado querella
con intención solapada,
y esta mano es muy honrada!

MARQ. Pues defiéndete con ella.
Me batiré al sol naciente.
Ya basta. ¡Fuera de aquí!

GAB. (Asomando.) ¡Por piedad!
(Golpean y gritan á la puerta los toreros.)

JUAN. (Yendo á la puerta.) ¡Quietos ahí!
MARQ. ¿Ah, tienes ahí á tu gente?
Ábreles, pues; los espero.
GAB. ¡Por Dios! (De rodillas, detrás de la cortina.)
MARQ. Sin armas estoy.
JUAN. ¡Salga usted!
MARQ. Yo á abrirles voy.
JUAN. ¡Obre como caballero!
MARQ. Sábelo ya. La mujer
que lograr quieres en vano,
te la gané por la mano
y la tengo en mi poder.
Familia, patria y hogar
por ella mañana dejo;
por si crees que me alejo
porque me quieres matar,
hoy mis cuentas, sin remedio,
tengo que saldar contigo,
que yo no soy enemigo
que pone tierra por medio.
¡Si es verdad tu valentía,
camino del Pardo ve;
junto á la fuente!
JUAN. ¡Allá iré!
MARQ. ¡Al primer albor del día! (Se va.)

ESCENA VIII

GABRIELA y JUAN LEÓN

GAB. ¡Oh, gracias!
JUAN. ¡No puedo más!
¡mi palabra le cumplí;
pero salgamos de aquí,
que voy por él!
GAB. ¡No, no irás!
¡Porque si pierdes dos horas
tal vez no logres hallarle,
y antes que nada es robarle
la mujer que tanto adoras!
JUAN. Es verdad....
GAB. Corre al hotel.

JUAN. Tiempo hay á mi buena estrella.
Primero, la salvo á ella;
y después, le mato á él.
Esta llave bendecida
vale para mí, tesoros.

GAB. ¿Dónde te veré?

JUAN. En los toros
al empezar la corrida.

GAB. ¡Ah!

JUAN. Si á mi deber no acudo,
habré muerto á la alborada;
más si venzo en la jornada,
mi alma daré en un saludo.
(Yendo á la puerta donde los otros golpean desesperadamente.)
Esperad un cuarto de hora
y echad la puerta después!

GAB. (¡Pagados, señor Marqués!)
Salgo.

JUAN. (Cogiendo la luz y saliendo tras ella.)
¡Adelante, señora!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo. El Duque se habrá quedado dormido en el sillón donde se sentó al terminar el acto segundo. Antonio sale por la puerta de la derecha muy despacio; va á ver si el Duque duerme, y con gestos de temor, y meneando la cabeza, se vuelve á marchar por la misma puerta, no sin haber mirado antes el reloj, que marcará las dos. Después, Aurora, á quien se ve bajar por la escalera correspondiente á la puerta izquierda del foro, viene, y va al lado de su tío. Le pregunta desde la puerta: ¿Está usted sólo? y entonces despierta el Duque. Háganse estos detalles con todo el tiempo necesario.

ESCENA PRIMERA

AURORA y EL DUQUE

AURORA. ¿Está usted sólo?
DUQUE. ¡Adelante!
AURORA. ¿Usted sabe qué hora es ya?
DUQUE. Pues... son las dos.
AURORA. ¿Y qué ocurre...
para hacerle á usted velar...
y en el cuarto de Fernando?
¿Hay alguna novedad?
DUQUE. No, hija mía, no.
AURORA. Sí, tío;

algo ocurre excepcional.
¿Y Fernando?

DUQUE. Se ha marchado.

AURORA. ¿Tan tarde?

DUQUE. Es raro, ¿verdad?
Todo lo que hace es muy raro
de algunos meses acá.

AURORA. ¡Yo, como nunca pregunto,
nunca sé nada! Mas dan
en decir cosas tan graves...
en él salón oí hablar
esta noche muy bajito
al Barón y al General,
y decían que Fernando
se...

DUQUE. ¿Qué?

AURORA. (Muy triste.) ¡Se quiere casar!

DUQUE. No lo creas.

AURORA. (Muy contenta.) ¡Ah! ¿De veras?

DUQUE. No hará esa barbaridad.

AURORA. Yo venía, para darle
los días, que hoy cumplirá
veinticinco años.

DUQUE. ¡Ah, sí!
¡Veinticinco!

AURORA. ¡Hermosa edad!
Diga usted, tío.

DUQUE. ¿Qué quieres?

AURORA. ¿Quién es ella?

DUQUE. La...

AURORA. Sí, la...

DUQUE. ¡Nadie!

AURORA. Él está enamorado...
me lo ha dicho á mí.

DUQUE. ¡Hola! ¿Hay tal?

AURORA. Y como no soy curiosa,
y le ví que iba á estallar
en cólera...

DUQUE. Es muy violento.

AURORA. Eso, según con quien dá.

DUQUE. ¿Eh?

AURORA. Créame usted á mí,

que he aprendido á rezar
con él, y á jugar con él,
y no le conozco mal;
¡le... pinchan ustedes mucho!

DUQUE. ¿Crees tú?...

AURORA. Y á la verdad,
ya es un hombre hecho y derecho,
¡y es tan fácil de llevar!

DUQUE. ¿De veras?

AURORA. ¡Jesús, Dios mío!
¡Si no me diera Dios más
trabajo que convencerle
cuando equivocado está! (Pausa.)
Diga usted... esa mujer
que dicen que le hace andar
como loco... ¿es buena, ó mala?

DUQUE. ¿Eh? No sé por dónde vas;
¿qué quieres decir?

AURORA. ¡Si tiene
buen corazón... sí tendrá...
vamos, un corazón franco!

DUQUE. Será como las demás;
como todas las que salen
con hambre de figurar,
y de coger un marido
que las ponga en alto. ¿Estás?

AURORA. ¡En fin... una cualquier cosa!
Entonces... la dejará.

DUQUE. ¿Cómo?

AURORA. Fernando detesta
todo lo que no es verdad,
si va engañado...

DUQUE. Tal creo.

AURORA. Ya se desengañará.

DUQUE. Sabes que discurres bien
con tus aires de humildad
y de... ¿por qué tú no pruebas
á hablarle así á él?

AURORA. ¡Oh, no tal!

DUQUE. ¿Por qué?

AURORA. Dejémoslo, tío;
hay cosas que apremian más.

Ahí han venido unos hombres
buscando á usted...

DUQUE. ¿Dónde están?

AURORA. Les han dicho que usté estaba
de caza; se han ido ya.

DUQUE. ¿Qué estas diciendo? (Con extrañeza.)

AURORA. Yo oía
desde arriba, sin chistar,
de lo alto de la escalera;
querían por fuerza entrar...
¡qué malas caras tenían!

DUQUE. ¡Hola!

AURORA. Sí; tras el cristal
de la ventana de arriba
á uno de ellos ví marchar,
pero el otro se ha quedado;
rondando la calle está.

DUQUE. ¡Antonio!

AURORA. ¿Qué va usté á hacer?

DUQUE. (¿Le vendrían á buscar?...)
Si á mi hijo acechan...

AURORA. ¡Dios mío!
¿Qué dice usted?

DUQUE. ¿Y quién da
órdenes á espaldas mías?
¡Antonio!

AURORA. ¿Qué va á pasar?

DUQUE. ¡Nada! (¡Tiemblo de que puedan
tratar... no faltaba más;
antes que nada, soy padre!...
(Toca con rabia el timbre eléctrico que habrá junto á la chimenea. Viene un criado por la puerta del foro izquierda.)
así haya que despertar
á todo el mundo...)

CRIADO. ¡Señor!

DUQUE. ¿Todavía en vela estás?

CRIADO. Esperaba al señor Duque.

DUQUE. Abre aquella puerta, y sal
á ver si hay un hombre fuera;
si quiere verme, hazle entrar.

AURORA. ¡Tío!

DUQUE. ¡Déjame, chiquilla!
Y si resiste, lo vas
á coger por el pescuezo
y á mi despacho vendrá
contigo. Este Antonio... en fin,
lo que fuere sonará. (Se pasea por la escena.)
AURORA. Si hay peligro, ya Fernando
no lo tendrá que afrontar.
DUQUE. Vete á dormir, que es muy tarde.
ANTONIO. (Saliendo.) ¡Señor!
DUQUE. ¿Dónde diablo estás?
Que aquí no entre nadie, ¿entiendes?
ANTONIO. ¡Señor, ya nadie entrará!
DUQUE. ¡Anda, Aurorita, á la cama!
AURORA. Voy, pero quiero rogar
á usted un favor.
DUQUE. ¡De prisa!
AURORA. Como el miércoles se va
mi institutriz á Inglaterra,
me ha venido á suplicar
que la deje usted mañana
ver los toros.
DUQUE. (Siempre paseando.) Bueno, irá.
AURORA. Me ha dicho que quiere ver
todo: apartados, corral,
la capilla; es para un libro
que va á publicar allá.
DUQUE. ¡Bueno, bueno; irán ustedes!
AURORA. ¿Solas?
DUQUE. Pues... os llevarán
el Barón y Manolito.
AURORA. ¡Gracias!
DUQUE. ¡Acuéstate ya!
AURORA. (¡Si su padre por él vela,
yo también pienso velar!)
DUQUE. Como no vuelva muy pronto,
me echo á buscarle; ¡no hay paz,
no se vive con los hijos...!
A ellos lo mismo les da.
(Se va por la puerta izquierda del foro. Así que acaba de subir, Antonio vuelve á marcharse, diciendo antes.)

ESCENA II

ANTONIO

¡Esta mujer... ó está loca,
ó se ha propuesto algún plan;
y como el señor Marqués
se deja siempre llevar
de cualquiera, hemos caído
en una loca de atar!
Sin respeto á nada, allí
poniéndose todo está...
¡vestidos, sombreros, todo!
¡No he visto descaro igual!

ESCENA III

EL CRIADO y el SEÑOR TOMÁS

TOMAS. ¡No soy ladrón ni asesino,
y me pueden registrar;
soy un padre desgraciado
que buscando á su hija va!

CRIADO. El señor Gobernador
le espera. Yo voy detrás. (Suben.)

(Antes de marcharse, Antonio se habrá llevado la gran lámpara de encima del piano. La escena queda ahora completamente á obscuras. Dolores aparece con un vestido muy elegante: una bata, por ejemplo. Sale y va á tientas hasta encontrar, y sin pensarlo, el botón de luz eléctrica, de modo que, apoyándose en la pared, dé toda la luz al decir el último verso de la primera décima.)

ESCENA IV

DOLORES

¡Dormida tal vez me creas!
Soy yo, que vengo á llamarte,
impaciente de probarte
que, cual tú, mi bien deseas,
para que tu igual me veas,
nuevas galas me vestí.
Nadie... ¡Fernando!... Sí, aquí
la puerta debe de estar:
¡como pudiera llamar!...
(Ahora es cuando da la luz.)
¡La luz! ¡Oh, luz! ¡Ven á mí!
Otra vez aquélla soy,
que ya no pensaba ser,
humilde y pobre mujer
que torna á sus glorias hoy.
¡Valor yo misma me doy
y de nuevo mundano aprecio,
que hoy, centuplicado el precio,
de condición ignorada,
de ricas galas colmada,
me admirará el mundo necio!
Galas, tocados y trajes,
diamantes, perlas y flores,
brocados, plumas y olores,
blondas, perfumes y encajes!
Irrisorios homenajes
el hombre en vanos antojos
os rinde, causando enojos
á más sinceras pasiones,
que allá van los corazones
á donde quieren los ojos.
Ya de niña lo noté
que el mundo me despreció,
y cuando en alto me vió,
ciego esclavo mío fué;
mas... ¡tente, lengua! que á fe,

no es prudente hablar así;
y pues á lo alto volví,
á desdender no tornemos...
¡callemos, alma, callemos!
¡Abren la puerta... hélo ahí!

ESCENA V

DOLORES y EL MARQUÉS

MARQ. De mis ojos no me fío:
tú... ¿por qué así engalanada?
DOLORES. Ya no soy la abandonada
humilde mujer del río.
MARQ. Eres la que há tiempo ansío,
la soñada compañera,
el alma franca y sincera
que mi corazón buscaba,
la incertidumbre que acaba,
la nueva vida que espera...
pero... no acierto á entender
quién esas galas te dió.
DOLORES. Tu casa me las prestó.
Allí...
MARQ. (¡Extraño proceder!)
¡Perdona si debo ser
franco; mas, si bien reparas....
con tus vanidades raras,
tal vez, sin querer, ofendas,
vistiéndote de esas prendas,
á prendas que me son caras!
¡No, no te enojes!... (Con pena.)
DOLORES. (Enojada, pero disimulando.) Creí
que el cambio me agradecieras,
y que algo menos tuvieras
que hallar de plebeyo en mí...
MARQ. ¿Por qué te empeñas así
siempre distancias en ver?...
DOLORES. Nada malo pensé hacer...
MARQ. Pase por inadvertida;
mas, vas de ropas vestida...

de aquella que me dió el sér.
DOLORES. Razones justas me das;
¡pero yo... dejé á mi padre
por tí! (Con acento de reproche.)
MARQ. Tú no tienes madre,
y esto nunca entenderás.
Tu vestido á buscar vas,
que más modesta te quiero,
y para el plán que hoy espero
llevar á cabo contigo,
sinceramente te digo
que cual antes te prefiero.
(Dolores, silenciosa, con rabia, muda, se quita la bata. El Marqués examina la escena.)
¿Nadie te vió?
DOLORES. (Muy seca.) ¡Nadie!
MARQ. (Yendo á mirar á las puertas del foro.)
Aguarda...
DOLORES. ¿Por qué ese temor constante?
¡Todo á tu fe vacilante
parece que te acobarda!
MARQ. ¡Ay, mi bien, y cuánto tarda
el nuevo día en venir
para que empiece á vivir,
libre de tantos rigores,
el alma que á tus amores
culto fiel quiere rendir!
DOLORES. ¿Qué das á entender? ¡Acaba;
que antes ya sentí el temor
de un anuncio aterrador
que el corazón presagiaba!...
Alma de la tuya esclava,
la mía libertad quiere
para amarte; mas no espere
tu soberbia que me oculte
y en la soledad sepulte
amor que ser visto quiere.
¿Qué intentas?
MARQ. A Juan León,
como cumple á mi nobleza,
castigar en su bajeza
cumpliendo con la opinión.

Al mundo satisfacción
dar, y á mis padres, cual debo:
y después, un mundo nuevo
abriendo á nuestros amores,
buscando días mejores,
lejos de Madrid te llevo.
(Aquí ya, Dolores estalla en indignación.)

DOLORES. ¡Huir! ¡Ya entiendo, ay de mí,
lo que quieres; dílo ya!
¡Vergüenza de mí te da!

MARQ. ¡No!... (Suplicándola que le deje hablar.)

DOLORES. ¡Más franco te creí!
Pues para esconderme así,
bien vivía yo escondida:
¿por qué, con pasión mentida,
me hiciste dejar mi hogar,
haciéndome así arrojar
al viento la honra y la vida?

MARQ. ¡Dolores...!

DOLORES. ¡No! Donde quiera
yo he ser, donde tú estés,
reina que al mundo le des,
de tus glorias compañera.
¡Deshecha la traza artera
con que ofendiéndome estás,
dame, y más noble serás,
el sostén que en tí me falta...
yo quiero subir tan alta,
como el nombre que me das!
¡Sí! Yo quiero que tú escales
poder, gloria, otras grandezas...
que tus morales noblezas
prueben lo mucho que vales:
y los dos subiendo iguales
á la más enhiesta cumbre,
como nueva luz que alumbre
al mundo en quien dominamos,
nuestro poder impongamos
á la imbecil muchedumbre,
y yo entonces...

MARQ. ¡Me das miedo
con tus locas ambiciones!

¡Cesa! ¿Qué nuevas pasiones
son estas, que oir no puedo?
¿Pues no ves como yo cedo
mi gloria al mundo vulgar,
y sé, por tí, despreciar
gloria, y nombre, y porvenir?...
¡Subir!... ¿Qué importa subir?
¡No!... ¡Lo que importa... es amar!
¡Las almas que se enamoran
y forman un sólo sér,
no quieren, ni han menester
quien sepa cómo se adoran!
Juntas rien, juntas lloran,
juntas existen y mueren,
que al mundo necio, prefieren
por mudo testigo á Dios.
¡No hay soledad donde hay dos
que en la soledad se quieren!
Mañana, lejos de aquí,
donde nadie nuestros lazos
pueda romper, tú en mis brazos,
yo viviendo para tí,
los ensueños quiero así
realizar, que el pecho afana,
como el enfermo que sana
después de largo penar,
yendo al campo á respirar
el aire de la mañana.
¡Lejos... muy lejos!

DOLORES. ¡Jamás!
No pensé, no, que tal fueras,
y que engañarme quisieras...

MARQ. ¡Ve que ofendiéndome estás!...

DOLORES. Tú sí que engañado vas.

MARQ. (¡Estaba escrito que un día
otra ilusión perdería!...) (Con desesperación.)

DOLORES. ¡Cuando mi planta traspasa
los umbrales de esta casa,
es porque vengo á la mía!

MARQ. ¡Luego antes que yo, en tu pecho
alienta la ambición loca!

DOLORES. Para ser tuya, aún es poca,

que tú ambiciosa me has hecho:
quédese roto y deshecho
todo lazo entre los dos;
que para correr en pos
de una ventura escondida,
prefiero mi antigua vida;
¡separémonos, y adiós!

MARQ. (Afligido.)
¡No, no agostemos las flores
que aún nos ofrece la vida!
de ilusión el alma henchida,
de mi edad en los verdores,
mis juveniles amores
muertos en su cuna ví;
resucitaron por tí...
si hoy mi amor de tí se va,
piensa bien que ya no habrá
felicidad para mí.

DOLORES. ¿Qué me importa, si tu amor
ocultas como un delito?
¡maldito sea, maldito,
por altivo y ofensor!

MARQ. ¿Pero no ves el dolor
de una madre que me implora,
una familia que llora,
un mundo que se me impone?...
¿No es bastante que abandone
todo lo que el hombre adora?

DOLORES. ¡No!

MARQ. ¿Luego aquella doblez
que amargó mi corazón,
aquella falsa pasión
en tí la encuentro otra vez?

DOLORES. ¡Bien hayan la candidez
y aquellos instintos buenos
de Juan León, que ese al menos
huir por mi bien quería,
y tu pueril cobardía
huye los juicios ajenos!

MARQ. A León no me compares
ni avivar mis celos quieras.

DOLORES. ¡Su modo de ser quisieras

para gloria de tus lares!
¡No me extrañan los pesares
que das á tus nobles greyes,
tú, que así olvidas las leyes
de tu nobleza heredada! (Con gran desprecio.)

MARQ. ¡Tú eres la plebe endiosada
más soberbia que mil reyes!

DOLORES. Tu lengua insolente enfrena.

MARQ. ¡Y pude tenerte aprecio!

DOLORES. ¡Sábelo ya, te desprecio!

MARQ. ¡Tú!

(En este momento se oye sonar la llave en la cerradura de la puerta secreta.)

DOLORES. ¡Calla! Una llave suena...

MARQ. El cielo desencadena
sus iras... ¡Gabriela es! ¡sí!

DOLORES. ¿Una mujer?... ¿Viene aquí
á buscarte?...

MARQ. ¡Quien, si no...!

DOLORES. ¡Es ella quien te obligó
tal vez á ocultarme á mí!

MARQ. ¡Calla! (Yendo á oir.)

DOLORES. La de ayer sin duda...

MARQ. Más si no fuese... no acierta...
¡Mata la luz!

DOLORES. ¡A esa puerta
me hallará para su ayuda!

(Queriendo ir á la puerta. El Marqués la aparta y va á apagar la luz eléctrica.)

MARQ. ¡Aparta!

(Antes de apagar, habrá cogido una daga de la panoplia donde están las armas. Juan León entra cautelosamente, con un puñal en la mano.)

JUAN. ¡Que Dios me acuda
en esta triste ocasión!...

ESCENA VI

DOLORES, EL MARQUÉS y JUAN LEÓN

DOLORES. Ya veo bien tu traición...

MARQ. ¡Otros son estos traidores...!

DOLORES. ¡La luz!... (Buscando el botón eléctrico.)
MARQ. (Bajo, acercándose á León.)
¡Gabriela!...
JUAN. (Acercándose al Marqués.) ¡Dolores!...
(Llegan uno á otro, hasta cogerse de las manos, es decir, el Marqués la mano derecha, Juan la izquierda. Dolores da luz.)
DOLORES. ¡Ah!
MARQ. ¡Tú!
JUAN. Yo soy.
DOLORES. ¡Juan León!
(Quedan mirándose, luego se separan un paso.)
MARQ. ¿Vienes á matarme?
JUAN. No.
MARQ. Muestra el puñal tu deseo.
JUAN. Como ese que lucir veo.
MARQ. Yo no mato así. (Arrojándolo.)
JUAN. Ni yo. (Idem.)
Tiempo hay para el desafío.
MARQ. ¿Quién te dió entrada?
JUAN. Juré
no decirlo.
MARQ. ¡Bien lo sé!
¿Qué buscas aquí?
JUAN. ¡Lo mío!
MARQ. ¡Dolores!... A tiempo vienes
y el asalto te perdono;
libre el campo, te abandono.
DOLORES. ¿Qué va á decir?...
(Mostrándole á Dolores que está en el fondo, avergonzada.)
MARQ. ¡Ahí la tienes!
JUAN. ¡Ella!
DOLORES. Sí, Juan; de mis penas,
aun puedes calmar la herida.
JUAN. ¡Ella, en su casa escondida...!
¡sin honra, en manos ajenas!
¡Aquí, en sus brazos hallada...
ya os entiendo, vive Dios!
¡Os hago falta á los dos;
tú vencedor, tú infamada!
¡Ya lograda la victoria

y ya el honor en pedazos,
os hace falta unos brazos
para recoger la escoria!...

DOLORES. ¡Mi honor á salvo quedó!

JUAN. ¡Tal cosa yo no creyera...
de mi madre si viviera!

MARQ. ¡Basta, que lo diga yo!

JUAN. ¡No! ¡Cuando así á un hombre herir
se quiere y su honra pisar,
es necesario matar,
y á fe que vais á morir!
(Buscando el puñal en el suelo.)

MARQ. No temas, que á los bandidos,
de las casas salteadores,
los echan los servidores
de los hombres bien nacidos...

DUQUE. ¡Abrid!

MARQ. Mi padre es aquél.

JUAN. Respeto le debo, y grande.

MARQ. Pues cuando aquí hablar te mande,
tú te entenderás con él.
(El Marqués va á abrir. Dolores, cubierto el rostro con las manos, va á caer á la chaise-longue que hay delante del piano. Entra el Duque.)

ESCENA VII

DICHOS y EL DUQUE

DUQUE. Por la voz te conocí.
Ya un padre desconsolado,
há un momento me ha explicado
lo que tú buscas aquí.
Lejos pensé siempre veros,
y á distancia respetuosa.
Dios ha dispuesto otra cosa,
y os va impulsando á ofenderos.

MARQ. ¿Qué quiere decir, señor?

DUQUE. Que yo conozco á mi gente.
Rivalizando igualmente
en franqueza y en valor,
víctimas sois de pasiones

que encienden hembras villanas...
¡qué han de ignorar estas canas
de achaques de corazones!
(Mirando con desprecio á Dolores.)
¿Es... ésta la que os divide?
Sal pronto de aquí. Allá fuera,
tu pobre padre te espera,
y á mi autoridad te pide.
¡Pobre hombre, que creyó un día,
que dejándote subir,
tu bien iba á conseguir!
¡Poco del mundo sabía;
dar humos de gran señor
al humilde... gran regalo!
¡Bajamos nosotros... malo!
¡Subir vosotros... peor!
De una sencilla paloma,
te tornaste en buitre fiero;
vuelve, vuelve al merendero;
bien se está San Pedro en Roma.
(Dolores quiere hablar, y el Duque con gesto imperioso dice.)
¡Ve! ¡Tu padre está impaciente!

DOLORES. (Marchándose.)
(¡Oh Dios, por qué conocí
mundo que no es para mí!) (Se va.)
(Juan León hace intención de querer ir hacia ella.)

DUQUE. ¡Detente, Juan!

MARQ. Más...

DUQUE. (Lo mismo al Marqués.) ¡Detente!

ESCENA VIII

EL DUQUE, EL MARQUÉS y JUAN LEÓN

Quedan el Marqués y Juan León, uno á cada lado de la escena, como abrumados.

DUQUE. Ibais los dos engañados,
y á los dos os quiero ver
en paz, como es menester
entre dos hombres honrados.

MARQ. (Con viveza.)
¿Por qué ese empeño, señor,
de ponerme al nivel suyo?

DUQUE. Porque siendo padre tuyo,
debo á él tratarle mejor.

JUAN. ¡Gracias!

DUQUE. (A Juan León.) ¡En mi casa estás,
y en ella te mando yo
que á mi hijo... ¿lo entiendes? no
vuelvas á ofenderle más!
Que aquí el rencor muerto quede,
sin que ello parezca miedo.

JUAN. ¡No puedo, señor, no puedo!

MARQ. ¡No puede, señor, no puede!

DUQUE. ¿Por qué?

JUAN. Porque es tarde ya,
y anda mi nombre infamado,
y hay un duelo concertado.

DUQUE. (Aterrado ante la idea de que puedan batirse.)
¡Un duelo! (Disimulando y con calma.)
No, no lo habrá.

JUAN. Apelo al noble Marqués.

MARQ. Yo en ceder no pierdo nada;
pero su honra está empeñada,
y de ella vive.

JUAN. Así es.

DUQUE. (¡Nobles almas!) Bueno, bueno;
ve, León, á descansar,
que todo se ha de arreglar:
ya te hallaré más sereno.

JUAN. Perdón les pido, señores,
si aquí me metí á traición.

MARQ. ¡Vaya con Dios Juan León!

JUAN. Los celos son muy traidores.
¡Mujer á mí bien funesta!

MARQ. ¡Oh, muy funesta, eso sí!
(Juan se va á marchar por la puerta chiquita. El Marqués le dice con gran nobleza, señalando la puerta del foro.)
¡Por allí, no; por allí!
(Juan devolviéndole la llave con que entró.)

JUAN. La llave.

MARQ. Mi mano es esta.

(Cogidos de las manos, dicen los cuatro versos siguientes.)

JUAN. Voy padrinos á buscar.

MARQ. Nuestro deber cumpliremos.

JUAN. Al alba nos batiremos.

MARQ. Pues por mí no ha de quedar.

(Juan se va. Desde la puerta del foro, en la antesala, se despide de nuevo. Así que le ven salir, el Duque se dirige á su hijo y le dice con gran emoción y acento imperativo.)

ESCENA IX

EL DUQUE y EL MARQUÉS

DUQUE. ¡Jura que renunciarás
á batirte!

MARQ. ¡Ni pensarlo!
¡No hay manera de evitarlo:
yo no he cedido jamás!

DUQUE. ¿No?...

(Haciendo una resolución extrema, y como quien va á dar su vida en una frase.)

¡Pues... harto me contuve!
¡Hijo... juntemos las manos!...

(Se dan las dos manos.)

¡¡No se baten dos hermanos!!

(El Marqués queda aterrado ante esta declaración, da un paso atrás, y se cubre el rostro con las manos. Después de una pausa, el Duque, volviéndole la espalda, y como avergonzado, bajando la cabeza, dice.)

Allá, en Sevilla le tuve...

MARQ. (Cayendo en un sillón junto á la mesa.)

¡Oh, Dios! ¡que ya de una vez
acabe la pena mía!...
¡Y era éste el mundo que un día
soñaba yo en mi niñez!

DUQUE. Nada tengo que añadir.

MARQ. ¡Nada! (Llorando.)

(El Duque marchándose sollozando, destrozado.)

DUQUE. ¡Todo se liquida!
¡Todo se paga en la vida!
¡No es necesario morir!
(El Marqués ha caído de bruces en la mesa, los brazos bajo la cabeza.)

ESCENA X

EL MARQUÉS y AURORA

Aurora trae un ramo que oculta; las manos, atrás: baja de puntillas. El Marqués habrá dicho.

MARQ. ¿Dónde, ¡oh, Dios! la dicha está?
AURORA. ¡Duerme!... Vaya, tengo suerte...
¡Más tarde, cuando despierte...
aquí las encontrará!
(Deja las flores en una mesita y se va de puntillas.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La Capilla de los Toreros en la Plaza de los Toros. Al levantarse el telón dos «Monos sabios» están arrimando á la pared una mesa grande, estrecha y larga. Después barren el suelo. No hablan hasta pasado un rato.

ESCENA PRIMERA

LOS DOS MONOS SABIOS; después el ALGUACIL

Mono 1.° Vaya, listo.
Mono 2.° Ya es la hora.
Mono 1.° Ahí viene ya la cuadrilla.
Mono 2.° ¿Esa mesa queda aquí?
Mono 1.° Déjala ahí.
Mono 2.° Hoy la corrida
va á ser de mucho jaleo;
la gente está entretenía
con eso de Juan León.
Mono 1.° Con tal que venga...
Mono 2.° Decían
que lo había dáo un tiro
el otro...
Mono 1.° Eso son pamplinas;
le he visto entrar con su gente
antes de la hora.
Alg. Matías,

¿estamos?

MONO 2.° Ya está barrido. (El alguacil se va.)
Anda, tú.

MONO 1.° A la plaza.

MONO 2.° ¡Arrima!

(Se van. Queda un momento la escena sola.)

ESCENA II

JUAN LEÓN, PICADOR, SEGUNDO PICADOR, CHOTO, PANILLA, ESTERAS, JUSTO, el otro ESPADA y su cuadrilla.

Las dos cuadrillas entran con recogimiento y van á arrodillarse delante de la imágen de la Virgen. Juan León se pone delante de todos y dice la Salve con gran fervor y entonación triste.

JUAN. Dios te Salve María,
Reina y Señora, Salve;
llena eres de gracia,
tesoro de bondades;
el Señor es contigo
y en tu amor se complace;
bendita eres Señora,
entre esposas y madres,
y bendito es el fruto
de tu ideal enlace.
¡Oh, tú, Santa María
de Dios augusta Madre,
ruégale por nosotros,
pecadores mortales,
ahora y en la hora
en que á morir nos llame!

(Se levantan todos y se van, menos Juan León, el Picador, y Justo, que se queda en la puerta. El Picador se acerca á Juan, que se ha quedado pensativo, á un lado, y le dice con mezcla de respeto y timidez.)

PICADOR. Hay una mujer muy guapa...
que al entrar le ha dicho á Justo...
que tendría mucho gusto
en que le dieras la capa.

JUAN. ¡Dolores... tal vez! ¿No dió
su nombre?
PICADOR. No; es una viuda...
JUSTO. La de Garves...
JUAN. ¡Sí; no hay duda!
PICADOR. ¿Qué se hace?
JUAN. ¡Decir que no!
(El Picador hace una seña á Justo y éste se va.)
JUAN. ¡Manuel, hoy vengo á matar
yo mismo herido de muerte!
PICADOR. Olvidar y entrar en suerte,
que aquí estoy yo pá ayudar.
JUAN. No me ponga ni una puya;
señale y nada más.
PICADOR. Pero...
JUAN. ¡Déjeme mi toro entero!
PICADOR. Se hará como cosa tuya.
(El Picador se va. Juan León queda tristísimo, como abismado.)

ESCENA III

JUAN LEÓN; luego EL CHOTO

JUAN. A la cita no acudió
y al alba estuve yo allí...
¿por qué llegar no le ví
y su deber olvidó?...
CHOTO. ¡Vamos, León! (Desde la puerta.)
JUAN. Voy allá.
(Cada vez que abren la puerta debe oirse el tumulto de la Plaza.)
He visto á Lola á la entrada.
¡Oh, Dios mío!... ¡qué cambiada!
¡qué descolorida está!...
¡Cuán otra de la que ví
allá en Sevilla aquel día!...
¡día triste!...
(Aquí rompe á llorar, y volviéndose hacia la imágen de la Virgen, cae de rodillas exclamando en el mayor desconsuelo.)

¡Oh, Virgen mía...
tened compasión de mí!
(En este momento se abre la puerta, óyese gran gresca en la Plaza, el Duque y el Marqués entran rápidamente y cierran la puerta tras ellos. El Duque trae el bastón de mando.)

ESCENA IV

JUAN LEÓN, EL DUQUE y EL MARQUÉS

DUQUE. ¡Entra pronto!
(Al oirles, Juan León se levanta airado y les increpa.)
JUAN. ¿Qué buscáis
aquí?
MARQ. La paz.
DUQUE. ¡Juan León,
de la paz es ocasión!
JUAN. ¿Por qué en la capilla entráis?
MARQ. Porque un deber de conciencia
á buscarte me precisa,
y á mi honor le corre prisa
de justificar mi ausencia.
JUAN. ¿Pero qué nuevo tormento (Desesperado.)
á un triste venís á dar
en tan sagrado lugar
y en tan solemne momento?
¿No sabéis que cuando llena
la plaza del sol la lumbre,
y la ansiosa muchedumbre
aplaude al clarín que suena,
hay en la Santa escondida
Capilla consoladora,
un hombre que á Dios implora
por su fama y por su vida?
¡Salid!
DUQUE. Deja ese arrogante
tono, y tiempo no perdamos.
MARQ. ¡Por si has me morir, vivamos
unidos aquí un instante!
DUQUE. ¡El secreto de tu vida
vas á saber desde ahora...!

CHOTO. (A la puerta.)
¡León, que es más de la hora!
(Muy apurado; se oye el tumulto y golpear de bastones de la plaza.)

JUAN. ¡Espera! (El Choto cierra y se va.)
¡Hablad en seguida!

DUQUE. ¿Medio retrato en el pecho
llevas siempre?

JUAN. (Sacándolo.) Sí; aquí va.

DUQUE. (Dándole el otro medio.)
Aquí el otro medio está.

JUAN. ¡Jesús!
(Aterrado ante la revelación. El Marqués dice.)

MARQ. Ya estás satisfecho.
Por eso al duelo no fuí.

JUAN. No puedo dudarlo, no.
Sí... un uniforme...

DUQUE. Soy yo.

JUAN. ¡Mi padre... mi hermano...!

DUQUE. ¡Sí!
(Juan León les abraza, después de una breve escena de llanto. Luego el Marqués le dice.)

MARQ. ¿Cómo batirme podía
contigo, Juan?
(Juan León reflexiona, y exclama con resolución tras una larga pausa.)

JUAN. ¡Ah, no, no;
tengo que batirme yo,
que si no, ¿qué se diría!

MARQ. ¡Siempre el mundo!

JUAN. ¡Hay que buscar
un medio!

CHOTO. JUSTO. (A la puerta, desesperados. Se oye más ruído aún fuera.)
¡León!

JUAN. ¡Ya voy!
(Los toreros cierran y se van.)
¡Oh, hermano mío! ¡Te doy
la noche para pensar!
¿No comprendéis que perdiera,
evitando el desafío,
eso que en el arte mío

se llama la honra torera,
que al hombre el crédito gana,
tan sagrado entre nosotros,
como lo es para vosotros
la hidalguía castellana?
¿No veis que nuestros rencores
son públicos, y han cundido,
y anda Madrid dividido
en toreros y señores,
y esperándonos están,
y Madrid respira saña,
y en Madrid, como en España,
todos me escarnecerán?
¡Ved lo que el caso os inspira,
dadme este solo consuelo...
finjamos mañana un duelo,
batámonos de mentira...!

MARQ. ¡No, que eso es contra el honor!

DUQUE. ¡No, que igual sangre tenéis;
y si frente á frente os veis,
os va á cegar el valor!

JUAN. ¿Luego queréis que á mi sino
sucumba... y pase por todo?
¿queréis que ó caiga en el lodo
ó sea hermano asesino?
(Haciendo una suprema resolución.)
¡Pues triunfad, que la ocasión
pronto se vendrá á la mano!
¡Adiós, padre! ¡Adiós, hermano! (Abrazándoles.)
(Con acento terrible altamente dramático.)
¡Veréis quién es Juan León!

CHOTO. (Y otros á la puerta.)
¡Por Dios!

JUAN. ¡Vamos! (Sale.)

ESCNA V

EL DUQUE y EL MARQUÉS

DUQUE. ¿Qué va á hacer?
Horrores hay en su acento...

MARQ. ¡Ay, padre! Por Dios, que siento

mis lazos con él saber;
que al verle á lidiar salir,
de miedo voy á temblar...!

DUQUE. ¡Yo nunca le ví matar;
que no le vea morir!

(Salen, y en este momento se oye la marcha de *Cádiz*, y grandes y estrepitosos aplausos. Déjese algún espacio para que el público se dé bien cuenta de lo que pasa en la plaza. La puerta ha quedado abierta, y mientras hablan los dos Monos sabios, debe oirse la música.

ESCENA VI

LOS DOS MONOS SABIOS

MONO 1.° ¡La capa de Juan!

(Coge la capa que Juan León se dejó olvidada.)

MONO 2.° ¡Que es tarde!

(Asoma en la puerta otro Mono, y le dan la capa.)

MONO 1.° ¡Buena está la plaza!

MONO 2.° ¡Escucha!

MONO 1.° ¡Hay mucha prevención!

MONO 2.° ¡Mucha!

MONO 1.° Le están llamando cobarde.

MONO 2.° Otros creen que en el Pardo
le han matado esta mañana.

MONO 1.° La tarde está de jarana.

MONO 2.° ¡Anda! ¡En el corral te aguardo!

ESCENA VII

AURORA, EL BARÓN y DON JOSÉ

El Barón se asoma á la puerta, ve que no hay nadie, y hace seña á Aurora y don José. Allá en la plaza, sigue la música, y se oirá el aplauso seguido del público á la cuadrilla.

BARON. ¿Ve usted? Esta es la capilla;
aquí vienen á rezar
los toreros un momento...

AURORA. ¿Y Miss Fany, dónde está?
¡Jesús que mujer más tonta!
JOSE. Déjela usté; ya vendrá.
AURORA. Tengo que subir con ella
al palco...
BARON. No puede andar
lejos; estará tomando
apuntes en el corral..
AURORA. ¡Qué triste sitio, y qué miedo
todas estas cosas dan!
JOSE. Vámonos, pues.
BARON. Sí, ya es tiempo
de irnos al palco.
AURORA. Esperad,
que rezar por los que pueden
morir, no estará demás.
(Se arrodilla y reza. El Barón y don José se muestran contrariados de no ir pronto á ver empezar la corrida. Oyense, mientras Aurora reza, los clarines que anuncian la salida del primer toro.
BARON. (Aparte á don José.)
Ya perdimos la salida,
y el primer toro está ya
en la plaza...
JOSE. ¡Qué fastidio!
(Poniéndose á la puerta, y oyendo.)
BARON. ¿Verdad?... Cosa singular...
¡qué silencio!...
(Oyese un ¡¡¡ah!!! como si todo el público diese un horrible grito de espanto. En seguida suenan fuertes patadas de gente que se supone corre por los pasillos, y pasan por delante de la puerta muchas personas en direcciones encontradas, de modo que quede el forillo lleno de gente, y los personajes que están en escena, no puedan ya salir.
JOSE. Algo ha ocurrido.
AURORA. Vamos.
BARON. ¿Y quién sale ya?
AURORA. ¿Qué pasa? (Gran escándalo fuera.)
JOSE. No sé.
AURORA. ¡Ay, por Dios,
vámonos!

(Queriendo apartar la gente que pugna por entrar en la capilla. Gran ruído fuera.)

JOSE. ¡Dejar pasar!...

GUARDIA. (Rompiendo la masa de gente, y echándola para atrás.)
¡Fuera, señores!

AURORA. (Muy asustada.) ¿Qué es?

BARON. Viene
todo el mundo por acá.

CELADOR. (Entrando y apartando á la gente, ayudado del Guardia.)
¡Que no entre ni salga nadie!

BARON. (Cogiendo á Aurorita, y yéndose á un rincón con ella.)
Aquí habremos de aguantar.

MONOS. Dice que quiere morir
en la capilla...

BARON. ¿Quién?

MONO 1.° Juan.

(Cogen entre los dos la mesa, y la ponen enfrente de la Virgen.)

CELADOR. ¡Atrás!

BARON. ¿Cogido?

MONO 2.° ¡Está muerto!

AURORA. ¡Qué horror!
(Tapándose el rostro con las manos)

MONO 1.° ¡Sa dejáo matar!
Frente al toril se plantó;
miró á la hija de Tomás
Martinez, y dijo: «¡arranca!»
¡salió el toro, y ahí te va!

BARON. (A don José.)
¡Y habernos perdido esto!

MONO 1.° Ahí le traen...

CELADOR. ¡Dejen entrar!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; JUAN LEÓN, EL DUQUE, EL MARQUÉS, GONZÁLEZ, EL VIZCONDE, EL PICADOR, EL CHOTO, y hasta veinte ó treinta personas de todas las clases sociales, que á pesar de la resistencia de los guardias, invaden la escena, que debe estar llena de gente, y en medio Juan León, á quien traen entre cuatro cubierto con capas, y le colocan sobre la mesa. Los toreros y picadores, el Duque y el Marqués, forman un grupo al pie del espada moribundo, que ha de parecerse, en lo posible, al cuadro de Villegas. Hay un largo momento de silencio y de recogimiento en los toreros; han de estar llorando. Aurora, habrá quedado en el rincón izquierda del espectador con don José y el Barón, volviendo la espalda al grupo, horrorizada.

JUAN. (Espirante.)
¡Virgen que desde tu trono
ves al triste que te implora...
perdóname tú, señora,
como yo á todos perdono!
(El Duque coge una mano á Juan León, y queda de pie, á su lado, de espalda al público, la mano en los ojos, en llanto mudo. El Marqués se adelanta y dice.)

MARQ. ¿Qué satisfacción, Dios pío,
darle los suyos podrán?...
(Como teniendo una idea, y poniéndola en práctica en seguida, pasa al prosceuio izquierda, y grita.)
Oigan cuantos aquí están:
¡Este hombre... es hermano mío!
(Juan León le da las gracias con un gesto, sin poder ya hablar.)
¡No me des las gracias, no,
si el secreto descubrí,
que á fe que al honrarte á tí,
mucho también me honro yo!
(Juan León espira.)

ALGUACIL. (A los toreros.)
Vuelva al deber la cuadrilla...
Furioso el público espera.

PICADOR. ¡Fiera, entre todas más fiera!...
(Llorando al marcharse.)

DUQUE. Despéjese la capilla.
(Sale todo el mundo menos el Duque, el Marqués, Aurora, don José y el Barón. Entonces, el Duque cierra la puerta y se arrodilla á los pies del cadáver. El Marqués no ve que Aurora baja lentamente hacia él, hasta que dice el segundo verso.)

MARQ. ¡Con qué insistente crueldad
la dicha de mí se esconde!... (Llora.)

AURORA. ¡Ingrato!
(Con mucha dulzura, tendiéndole el pañuelo.)

MARQ. ¡Dios mío! ¡Dónde
está la felicidad!
(Quedan confundidos en un abrazo.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO

Vidas agenas.
La niñez engañosa.
La antigua española.
La mujer de ulises. (4.ª ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (4.ª ed.)
El amor constipado. (2.ª ed.)
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (4.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca. (2.ª edición)
Los dulces de la boda (2.ª ed)
La córte del rey Reuma.
La niñez engañosa.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos [1].
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo [2].
Juan García.
Pobbe porfiado (5.ª edicion.)
Las niñas del entresuelo.
El baston y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galan.
Moros en la costa.
Todo por el arte
¡Si yo tuviera dinero!
Dia completo.
¡Ultimo adios! (3.ª ed)
El centinela.
Cabeza de chorlito.
La posada de Lucas.
El guapo rondeño.
El capitán Marín.
El secreto.
Juan Leon.

LIBROS

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera [3].—Una señora comprometida. (2.ª ed) — Esto, lo otro y lo de más allá.—Soledades. (Poesias.)—Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.—Noches en vela. (Poesías.) Mis devociones.—Mis contemporáneos.—Epigramas. —Malas costumbres. (Poesías festivas.)—Ellos y ellas.—El modernismo en Francia.—París íntimo.—Recuerdos.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrión.
(2) Idem.
(3) Obra en colaboración con los principales escritores

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.